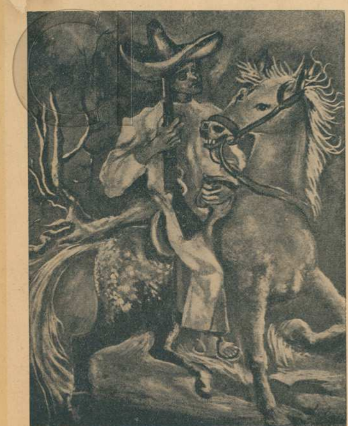
HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

22



OLÉO FEDERICO CANTÚ

30 CENTAVOS
0.10 dólar en el exterior

MODERNA PINTURA MEXICANA



OLEO DE RUFINO TAMAYO



OLEO DE JESUS GUERRERO GALVAN

EDUARDO MANET, Editorial Poseidón, Buenos Aires

Hablar de Manet es hablar de un instante del arte del mundo. Es hablar de un abanderado que tuvo en contra a todos los enemigos, todas las veleidades, y que bebió hasta el zumo un cáliz de amargura completamente inmerecido. Tuvo toda la envergadura de un gran innovador y debió sostener una lucha enconada en la que no se le evitó nada para hacerla más dolorosa, tanto que Manet dijo algún día —dándose cuenta de lo que significaba su obra y situación: "La hora de la justicia, esa hora por la cual sólo empezamos a vivir cuando hemos muerto, esa, ya la conozco" y a Degas —cuando pasa el féretro de Manet— "Era más grande de lo que suponíamos".

Entroncando en las grandes líneas del arte, Manet fué un audaz continuador que "tuvo que romper con normas y preceptos profundamente arraigados". La cocina de la pintura nos ha pervertido —dice Manet—. ¿Cómo deshacernos de ella?". Y su vida se dedicará a dar al arte carne y sangre, el soplo de la vida en las calles, el sol en la naturaleza llena de contrastes. Lleva a sus telas los hombres de su tiempo, la existencia de su tiempo, lo que sus ojos ven, pero todo amarrado a esenciales reglas de la pintura a la vez que definido con un conmovedor calor vital.

Su "*Desayuno sobre la hierba*" que para él no es más que una actualización del Giorgione trae el mayor escándalo de su vida.

Con *Olympia* viene otra tragedia: el público furioso, intenta romperla y debe ser guardada por centinelas. Cada paso del artista levanta un remolino de imprecaciones y entre los ojos turbios de los santones y fariseos que guardan el templo de la belleza, este audaz jesucristo es crucificado o azotado a todos los instantes. Pero no está solo. Zola lo defiende en réplicas temibles y los jóvenes ven en él, el gonfaloniero. Gauguin en un corro de artistas que critican el salón y ensalzan nombres y nombres dice: "Yo no he visto más que una sola obra y esa es la de Manet..." — y el mismo Manet da su frase genial: "Conozco a esta gente; lo que están pidiendo es morcilla. Yo no tengo ese artículo. Para eso hay especialistas".

Fino, alegre, gallardo, dinámico, el artista es un petimetre de su época, usa galera, bastón, una barba recortada según la costumbre de la época, pero bajo ese atuendo está el hombre de energía brutal que no desfallece nunca. Julio Rinaldini ha sabido interpretar esta vida de lucha incesante y mostrarnos también lo que el artista significa para el arte y las innovaciones que aportó.

El volumen se completa con 51 reproducciones en negro y dos en colores que tomadas de todas las épocas del arte del pintor nos dan cabal cuenta de su evolución plástica. Un libro de cultura que enriquece el acerbo de la literatura histórica americana.

P E D R O   O L M O S

POR UNA LIBRE DETERMINACION

Existen términos que por falta de precisión son considerados sinónimos, cuando en realidad expresan conceptos muy distintos y a veces opuestos. En la vida particular y diaria los inconvenientes que promueve este hecho pueden ser obviados con buena voluntad; pero adquiere trascendencia y aun gravedad al proyectarse sobre las relaciones entre pueblos y naciones, especialmente cuando existen factores que no favorecen la comprensión y armonía mutuas.

Nos sugiere estas reflexiones la interpretación capciosa que se ha dado en diversas esferas del país y del exterior a vocablos y frases muy bien definidos y que no debieran prestarse a usos caprichosos, tales como "independencia", "soberanía nacional", neutralidad", cordiales relaciones con todos los pueblos libres", etc. Y en ocasiones se ha pretendido involucrar dentro de un mismo concepto a algo tan distinto como "no ruptura de relaciones con los gobiernos del eje".

En reiteradas oportunidades nos hemos referido desde las columnas de HOMBRE DE AMERICA *a este problema, exponiendo precisamente las diferencias fundamentales que existen entre los auténticos sentimientos del pueblo, puros, nobles, diáfanos, y las actitudes que, pretendiendo interpretar aquéllos, son sinuosas, poco claras y equívocas.*

Concretando: hemos alentado en todo momento las acciones que tiendan a afirmar la independencia de los pueblos frente a quienes intenten oprimirlos y subyugarlos. Independencia que no implica solamente una fórmula, que no se satisface con el simple reconocimiento de la soberanía de una nación, sino que equivale a plena libertad de cada pueblo dentro de los límites de la propia nación, y relación de ésta, en un plano de absoluta igualdad y sin coacciones de índole alguna, con los demás países. Además, la independencia no se circunscribe solamente al orden político: es justamente en el terreno de la economía, en el cual se hallan en juego intereses de individuos y castas determinadas, donde con mayor frecuencia se vulnera y se atenta contra la independencia de las naciones y su libre determinación.

En la "Declaración de los hombres libres de América", publicada en el número 5 de esta revista (julio de 1940) y suscripta posteriormente por las más eminentes personalidades de todo el continente, se ponía de relieve este hecho en los términos siguientes: "Después del totalitarismo, el problema de mayor gravedad que se nos plantea es la falta de independencia económica y por tanto el estado de inferioridad y dependencia del exterior". Y en otro párrafo: "Somos enemigos de las autarquías nacionales y, por el contrario, fervientes partidarios del mayor intercambio e interdependencia de los pueblos. Pero no podemos resignarnos a una degradante situación de países suministradores de materias primas a las potencias que dominan en el mundo, dependientes de ellas, porque no existe en ello el menor principio de equidad".

En el número 12 se expresaba: "Estamos decididamente contra el nazismo; pero no resignamos por ello nuestra posición antiimperialista, nuestro anhelo de conquistar un mayor bienestar para el pueblo, una auténtica libertad, una real independencia". En la misma posición se ha insistido en la "Declaración frente a la guerra en América", publicada en el número 13, cuyo punto 3º dice textualmente: "La más urgente y fundamental preocupación es la derrota del totalitarismo, sin renunciar por ello a los objetivos de libertad e independencia económica de estos pueblos".

No consideramos necesario continuar reproduciendo conceptos expuestos posteriormente: en cada edición de HOMBRE DE AMERICA *se ha insistido en la necesidad de aprovechar tácticamente las actuales circunstancias, con procedimientos altivos y dignos, para imponer cláusulas y condiciones que impliquen una liberación gradual, y si fuera posible absoluta, de nuestra economía. Y firme "oposición a la consigna inconducente y negativa de justificar la opresión que ejercen sobre nuestros pueblos potencias imperialistas, en mérito a su presente lucha contra Alemania".*

Una actitud tal, en nuestra opinión, significaría una irreprochable afirmación de libre determinación. Hemos sido opositores en todo momento a la intervención argentina en la guerra, especialmente por considerar que la más fructífera colaboración que podría prestarse a la derrota del nazifascismo debería efectuarse en el frente interno: lucha contra los elementos y organizaciones totalitarias; persecución tenaz a las quintas columnas; bloqueo absoluto de fondos con respecto de las naciones agresoras; boicot riguroso a todos sus productos, hasta anular su comercio; severa aplicación de sanciones a los involucrados en las listas negras, que deben hacerse acá, sin esperar a que nos las dicten del exterior; vigilancia de costas para evitar abastecimientos a unidades fascistas, etc.

Estamos seguros que el pueblo argentino apoyaría fervientemente una negativa a participar en la guerra, si previamente se cumplieran todos los puntos señalados, que eliminaran toda sospecha de complacencia u apoyo a las naciones del eje. La llamada "neutralidad" no se prestaría a los equívocos que se han puesto en evidencia en diversas declaraciones oficiales de las naciones aliadas y de caracterizados funcionarios. Y ese es otro de los conceptos que conviene precisar, para establecer hasta qué punto puede ser considerada neutral una política por la que tanto pugnan los partidarios de las potencias totalitarias, lo que permite suponer que a éstas debe reportar beneficios.

Nada más violento para un pueblo libre que estar obligado a realizar determinados actos por coacción de poderosas fuerzas exteriores. Y nuestra prédica tendía precisamente a eso: a que pudiéramos tener —después de cumplir lealmente y por propia voluntad con todas las medidas represivas del nazifascismo— las manos libres, la frente alta, la actitud digna de oponernos a cualquier intento de carácter imperialista. Hemos señalado ya, y lo reafirmamos hoy, que la Argentina estaría colocada en inmejorables condiciones, por su gravitación en el sur del continente, para encabezar toda resistencia a planes y propósitos que fueran contrarios a los intereses de estos pueblos.

Nuestra posición no se reduce solamente a las perspectivas presentes. Podrá ser considerado excelente lo que se nos quiere imponer; pero con los mismos métodos se podrá imponer mañana el mal. Y lo que propiciamos es muy simple: hagamos por propia voluntad lo bueno, y seamos capaces de oponernos firmemente a lo que conceptuemos nocivo o inconveniente.

Condiciones para una auténtica COLABORACION AMERICANA

El concepto de *solidaridad americana*, ampliamente difundido desde todas las tribunas del continente, se ha convertido evidentemente en un axioma, en una fórmula indiscutible, casi diríamos en un lugar común, que todos aceptan y que nadie se atreve a impugnar de un modo explícito y confesado. Hombres de Estado y economistas, intelectuales y dirigentes políticos, escritores y militantes gremiales, invocan de consuno esa fórmula, como desiderátum de una orientación general inspiradora de toda actividad pública. Incluso aquellos que se empecinan en mantener prácticamente una posición de aislamiento, de manifiesta insolidaridad con los demás países del continente en una cuestión tan candente y definidora como es la actitud americana frente a la agresión totalitaria, no escatiman frases laudatorias a cuanto signifique colaboración entre los pueblos americanos, solidaridad continental, defensa de la libertad, etc. Vaya este caso, entre tantos otros, como ejemplo de la disparidad que suele mediar entre las palabras y los hechos de los gobernantes más o menos providenciales. Y también, de la saludable conveniencia de desconfiar de promesas y fórmulas deslumbrantes que se usan a menudo como covertura de intereses y propósitos inconfesables.

Precisamente en momentos cruciales y realmente decisivos para el porvenir de la humanidad, como son los que ahora vivimos, es de vital importancia evitar el "deslumbramiento" producido por las palabras promisorias, las fórmulas brillantes, los "slogans" perentorios, a fin de poder encarar objetivamente los problemas que se nos plantean, situándonos sobre el plano de la realidad concreta y viviente y no en el de las convenciones políticas o diplomáticas, que casi siempre falsean esa realidad y ofrecen soluciones fragmentarias, aparentes, a las angustiosas cuestiones que pesan sobre la vida de los pueblos. Es decir, soluciones que lo son exclusivamente desde el punto de vista particular de determinados grupos y clases.

Los grandes conductores de pueblos, representantes directos o indirectos de esos intereses restringidos, saben muy bien lo que hacen cuando apelan preferentemente al sentimiento de los pueblos, procurando suscitar en ellos reacciones emotivas, a tenor de ciertas fórmulas amplias, generosas, intrínsecamente justas. La libertad, la independencia, el derecho de autodeterminación, han recibido siempre un eco favorable, particularmente en los pueblos americanos, cuya tradición histórica está profundamente compenetrada con esos conceptos. Al impulso de esa reacción emotiva, estimulante, es fácil obtener del pueblo los más grandes sacrificios y contar también con el elemento humano necesario para el logro de las más arduas empresas.

Pero los referidos conductores de pueblos, así como los grandes financistas, terratenientes, capitanes de industria y demás dirigentes, no proceden ciertamente de acuerdo con reacciones emotivas. Suponer tal cosa sería una imperdonable ingenuidad, a la vez que una inmerecida afrenta a sus dotes de dirección. No es que se hallen totalmente desprovistos de pasiones, creencias o prejuicios, ni que dejen de pagar tributo a ciertas debilidades humanas. Pero aun tales elementos emotivos están supeditados en ellos al cálculo estricto, a intereses concretos, a la preocupación fundamental que los mueve, que es la de consolidar y aun extender su posición dominante en la sociedad, salvar sus privilegios por sobre las grandes conmociones que inevitablemente habrán de producirse o, mejor dicho, ya se están produciendo.

Desde ese punto de vista, creemos necesario examinar aquí someramente la real significación que tiene o debe tener para los pueblos de América el concepto de solidaridad y colaboración continental.

No haremos más que repetir una afirmación corriente, si recordamos que la comunidad de origen, la similitud de instituciones, de ideales y de tradición política, así como las razones de economía complementaria, impulsan naturalmente a una estrecha colaboración de los diversos pueblos americanos; que esa colaboración, por lo que respecta a los de habla española, se ha cumplido ya en los albores de su independencia, en la acción común contra el poder colonial y que sólo la gravitación de trabas artificiales, en las que jugaban un importante papel, tanto el afán regionalista como la intromisión del imperialismo, han determinado distanciamientos posteriores, hostilidad aduanera y aun luchas fratricidas, luchas que muy bien pueden asimilarse al concepto de guerras civiles, iguales a las que han desgarrado con frecuencia a muchos países americanos, dentro de su respectiva unidad política.

Sin embargo, a los fines que ahora nos interesan, hemos de referirnos exclusivamente a la *actualización* que ha conferido a la solidaridad americana el conflicto bélico mundial, con la consiguiente amenaza totalitaria a este continente. La solidaridad que se ha venido invocando desde los prolegómenos inmediatos del conflicto (Conferencia de Lima, en 1938) y luego cada vez más insistentemente desde que estallara la guerra (Conferencias de Panamá, La Habana y Río de Janeiro) tiene un preciso objeto defensivo frente a la expansión totalitaria, cuyas ambiciones de conquista no tenían otros límites que los impuestos por su propia capacidad de destrucción y expansión.

Los pueblos de América fueron requeridos a defenderse. A defender su integridad nacional, sus costumbres, sus instituciones, su derecho a vivir libremente, a ensayar formas progresivas de convivencia. El triunfo de las potencias totalitarias implicaba la esclavitud absoluta de todos los pueblos que no pertenecieran a la raza "superior" de los vencedores. Significaba un retroceso espantoso a los sombríos períodos de la historia, la liquidación y sofocamiento de los ideales de libertad y justicia, a cuya gravitación debían los pueblos sus más preciadas conquistas.

Tal es, indudablemente, en el sentir de todos los hombres sinceros del continente, el significado de la ruptura con el eje, la colaboración americana para la lucha activa contra las legiones totalitarias, la movilización de las conciencias y de las voluntades para apresurar la derrota del enemigo común de la humanidad.

Aparecen entonces, de inmediato, dudas y reparos harto justificados. ¿Es que todo ha de reducirse a cumplir ciertas formalidades, a adherir a la actuación de los gobiernos llamados democráticos, confiriéndoles toda la iniciativa y toda la responsabilidad en la lucha contra las fuerzas totalitarias? Además, ¿son acaso totalitarios sólo los nazis y fascistas declarados? ¿Acaso la libertad y el bienestar de los pueblos americanos son amenazados sólo desde fuera del continente? ¿Es que no tenemos en propia tierra americana una diversidad de dictaduras que se burlan cínicamente de las libertades democráticas, imitan los métodos del fascismo, sin dejar de invocar la libertad y la democracia, para uso externo?

Estas y muchas otras cuestiones semejantes, referidas a la influencia del imperialismo plutocrático en el continente, cuestiones que cada vez habrán de plantearse en forma más aguda y concreta —a medida que aumentan las probabilidades de derrota de Alemania y el Japón— gravitan de un modo decisivo en la solución del gran problema de la efectiva solidaridad y la colaboración entre los pueblos americanos, para una labor común de liberación y progreso material.

Podemos afirmar rotundamente que hasta tanto esas cuestiones no se resuelvan de modo satisfactorio, no habrá verdadera colaboración entre los pueblos americanos, en el sentido vasto y profundo de la palabra, pues ello implica libertad y autodeterminación efectiva, que hoy no existen. Podrá haber acuerdos provisorios entre gobiernos, coordinación de intereses entre determinados grupos de capitalistas, industriales y terratenientes, para evitar peligrosas rivalidades. Habrá indudablemente un predominio neto de la potencia industrial más desarrollada, sobre las demás. Pero no habrá —insistimos— real colaboración económica y social entre los pueblos, en tanto se mantenga el régimen del privilegio en el continente y rija en gran parte del mismo un sistema semifeudal; en tanto que los auténticos productores —los hombres americanos por excelencia— sigan siendo vilmente explotados; en tanto la libertad política sea un mito y los pueblos no tengan la posibilidad de expresar libremente sus anhelos y pensamientos y en tanto se mantengan las trabas permanentes que tienden a impedirles incluso a pensar, en cualquier forma que fuera.

Volviendo al motivo que había *actualizado* el concepto de solidaridad americana, es evidente que la lucha contra el totalitarismo no puede limitarse a una gesta meramente defensiva, aunque inicialmente se tratara de un motivo de defensa. Cuando se pone en acción un enorme caudal de fuerzas y energías, como ocurre actualmente, no cabe designarle sólo una finalidad defensiva, es decir, negativa. Queremos decir que no basta incitar a los pueblos a que luchen contra algo o contra alguien, sino que es preciso señalar las finalidades positivas de la lucha, el *para qué* de la misma, qué cosa quiere alcanzarse como forma efectiva de convivencia, una vez derrotado el enemigo que amenaza nuestra existencia y eliminado por tanto el mayor obstáculo hacia nuevas creaciones.

En ese orden de cosas, no se han fijado aún los objetivos precisos que deben cumplir los pueblos americanos. Implícitamente ellos parecen consistir, desde el punto de vista de la democracia y el panamericanismo oficiales, en la consolidación de lo existente, el *stato quo*, el orden establecido. Lo que viene a significar que se trata de mantener el predominio de la plutocracia, de los terratenientes, de los monopolistas, de los señores feudales, que detentan en conjunto las prodigiosas riquezas del suelo americano y que imponen a la mayoría de sus habitantes, el más bajo y deplorable standard de vida.

No hace mucho, Mr. Wallace, el humanista vicepresidente de Estados Unidos, habló en su país de las horribles condiciones en que viven y trabajan muchos productores suramericanos. Se refería a los mineros de Chile, a los mineros y campesinos de Bolivia, a los caucheros de Colombia y Venezuela. Hablaba sólo de lo que había visto directamente, en una rápida excursión realizada por esos países, con el objeto de imponerse de la situación existente, en relación con el esfuerzo bélico continental. Mr. Wallace elogió la abnegación de esos trabajadores que, a pesar de la impresionante miseria en que vivían, no dejaban de contribuir con su esfuerzo a la causa común de la libertad americana. Asimismo expresó —entre anhelo y promesa— que después de la guerra se habrían de mejorar las condiciones de vida y de trabajo de esos hombres, poniéndolos a cubierto de las enfermedades endémicas y profesionales, la miseria y la desnutrición que entre ellos hacían estragos.

Con todo el respeto que nos puede merecer la sinceridad de Mr. Wallace, debemos reconocer que esa vaga expresión de anhelos, formulada por él más como ciudadano que como gobernante, no constituye ninguna garantía de que las cosas habrán de cambiar en sentido favorable para esos y otros parias americanos, sólo en virtud de los arreglos y tratados que se suscriban en la posguerra, bajo el rubro y la invocación de la solidaridad continental. Mientras las mismas fuerzas políticas y sociales que han dominado la vida económica de estos países —determinando el estado de cosas vigente— sean las que impongan los lineamientos del futuro inmediato, pocas probabilidades hay de que se produzca un progreso sustancial, una auténtica liberación de los pueblos. Y sin libertad política y económica, sin un nivel de vida digno, sin posibilidad de amplio desarrollo de las fuerzas creadoras, no hay cooperación posible. Y si la hay, será una cooperación entre castas y grupos privilegiados, para mantener posiciones; nunca una auténtica cooperación entre pueblos libres.

En resumen, queremos significar que la verdadera solidaridad entre los pueblos americanos, para ser factible, requiere no sólo la derrota definitiva de las potencias totalitarias, extracontinentales, sino también el desplazamiento de los grupos plutocráticos, oligárquicos y feudales cuyo dominio aplasta a los pueblos de América y los mantiene en un nivel de vida miserable que no condice con las vastas riquezas del continente, ni con los postulados teóricos de libertad y bienestar que se proclaman a todos los vientos. Y creemos que la lucha contra unos y otros enemigos de la libertad y la justicia debe efectuarse desde ahora mismo y debe constituir un poderoso vínculo de unión y fraternidad entre los pueblos americanos, por encima y en contra de aquellos grupos que actualmente los oprimen.

A. DIAZ URRIETA

POR EL PROF.
ALFONSO L.
HERRERA

LA SIEMBRA DE LA VIDA POR LOS VOLCANES

El presente trabajo es el último que nos fuera remitido por el profesor doctor Alfonso L. Herrera, el conocido hombre de ciencia que dedicó toda su vida al estudio de la plasmogenia y logró crear artificialmente gérmenes de vida en numerosos experimentos que fueron sometidos a la consideración de los círculos científicos de todo el mundo. Comprobada la seriedad de sus investigaciones, y con el objeto de proseguirlas, numerosas personalidades constituyeron la "Societé Internationale de Plasmogenie", editándose, además, un "Boletín du Laboratoire", dirigido por el Prof. Dr. Herrera, que alcanzó a publicarse hasta el número 28. Sus experimentos fueron difundidos a través de muchas revistas especializadas y de divulgación cultural, y entre ellas HOMBRE DE AMERICA, que contó siempre con su colaboración entusiasta y desinteresada.

Ahora, con muchísimo retraso, nos llega una carta de su hermana, Adela Herrera, informando que este esforzado investigador falleció en la ciudad de México el día 17 de setiembre del año pasado.

Como último homenaje, publicamos el presente trabajo, deseando sólo que sus aportes científicos puedan servir de base a nuevas experiencias y que la obra interrumpida por su muerte sea proseguida por hombres de su misma vocación e integridad moral.

LA DIRECCION

Después de 43 años de investigaciones experimentales, habiendo publicado 59 tomos de trabajos, folletos y libros, y registrado en el laboratorio 10,101 experimentos, llego a una teoría del origen del protoplasma o savia vital que someto al juicio de las personas competentes y ecuánimes.

Desde el día 3 de agosto de 1930 obtuve células artificiales microscópicas y estructuras de organismos microscópicos haciendo obrar los vapores de un reactivo llamado sulfuro de hidrógeno (antes ácido sulfhídrico) sobre la vulgar formalina o formol, que sirve como desinfectante y todos conocen. Empleando principalmente en lugar de lo anterior el sulfocianato de amonio y el formol, durante unos diez años, llegué a producir más de seis mil aspectos microscópicos diferentes y actividades publicadas en mi boletín del laboratorio, enviado a todo el mundo en ciento diez mil hojas impresas en francés e ilustradas, y en otras publicaciones, de acuerdo siempre con los datos de la química de la vida o bioquímica y las teorías extranjeras más acreditadas, de Baeyer y de Pfflüger, habiendo observado que el azufre era la base de mis resultados, unido a otras materias, hasta que simplifiqué mis fórmulas empleando sólo el azufre, el carbón y una sal que se designa con el nombre de nitrato de amonio y se forma combinando el álcali volátil con el ácido nítrico.

Ahora bien, ¿este resultado del laboratorio humano explica el origen de la vida y es el mismo del laboratorio de la naturaleza, de la muerta o inorgánica? ¿Existen las mismas substancias en el mundo fuera de los seres? Sí, existen: el azufre, el carbón y el nitrato de amonio se encuentran en pequeñas cantidades en el aire y el agua, en diversos estados, pero es evidente que el azufre abunda en los volcanes, gigantescos laboratorios, y también el carbón, como grafita, como residuo de los hidrocarburos (petróleo y otros) y en las llamas de las erupciones, según Janssen. El nitrato de amonio se encuentra en pequeña cantidad en el aire, sobre todo después de las tempestades, y debe formarse en gran abundancia durante las erupciones, combinándose en nitrógeno, el oxígeno y el hidrógeno del aire por la electricidad, por los rayos que surcan el penacho de los volcanes, horas, días y años en los permanentes o al unirse esos gases en las lavas. (Silvestri). Por tanto, uniendo en el laboratorio el azufre, el carbón y el nitrato de amonio, en las proporciones debidas, aparecen las mismas células que se han de producir al descender las emanaciones volcánicas al mar y la tierra, o tal vez, al reventar los volcanes submarinos, todo lo cual exige nuevas observaciones y pruebas en las regiones plutónicas, o bien al sublimarse los cuerpos en cavidades o grietas profundas, como en mis matraces.

Esta teoría es superior a las demás propuestas, sin bases experimentales, o que toman como base de la vida primitiva, los virus, que siendo parásitos, no pueden haber sido la causa de que existan sus víctimas, necesariamente anteriores a ellos; ¡como si dijéramos que los gatos fueron el origen de los ratones! Vaya una necedad de los biólogos modernos, que tampoco explican cómo aparecieron esos virus.

Si la teoría volcánica es cierta —y la presento como provisional y en estudio, como todas—, puede suponerse que la vida apareció, se produce y producirá en colosal abundancia desde que se formaron los primeros volcanes hasta que desaparezcan al morir el planeta, a partir de infinitas estructuras microscópicas, que en millones de años evolucionan hasta llegar al hombre, que se compone de pequeñas unidades biológicas o células, y sin que nunca haya estado en peligro la Tierra de carecer de seres vivientes, pues si proviniesen de una sola especie, una bacteria o microbio, en cierta época, en cierto lugar y en condiciones muy especiales, podrían haber muerto esos gérmenes primitivos por acción del medio, la intemperie, los cambios, etc., lo que no podrá ocurrir si los 415 volcanes terrestres, algunos en actividad constante, están sembrando la vida como diluvio de gérmenes y en extensiones inmensas y siempre.

Por supuesto que los detalles técnicos de la teoría se encuentran en mi boletín y otras publicaciones y baste decir que a las temperaturas y presiones que produce la mezcla empleada hay síntesis o reunión de substancias muy complicadas, que dan origen a un sulfurpéptido, algo así como la peptona o carne digerida por la pepsina, y que se acerca a las albúminas o proteínas, materias como la clara del huevo.

El procedimiento consiste en sublimar en matraces la mezcla íntima de carbón, azufre y nitrato. Se dejan secar simplemente para que se conserven las células producidas.

No se pretende que posean ya todas las características de las naturales, pero se multiplican y tienen actividades que describo en mi boletín, siendo su división indirecta, muy parecida a la natural o mitósica, y algunas veces, directa. Crecen y se modifican alrededor de una burbuja de aire, absorben el oxígeno, forman bióxido de azufre, produciéndose energía; toman los colorantes como las células naturales, y aunque sean imperfectas todavía, constituyen un gran hallazgo y fundamentan dudas formidables relativas a otras explicaciones del origen de la vida acogidas por la mayoría de las gentes.

Los volcanes son prodigiosos laboratorios que siembran por doquiera la vida y la muerte y si a ellos debemos la existencia ya no hay razón para llamarnos "animales políticos" como quería Aristóteles, sino "Raza de volcanes", designación llena de esperanzas y de grandeza.

Es posible que la continuidad y la multiplicación de las mismas combinaciones del carbono, el azufre y el nitrato, con incontables medios, variaciones y substancias adicionales, orgánicas o inorgánicas, puesto que el carbono y demás elementos citados son indispensables para todos los organismos, y sin azufre no se producen las proteínas en las plantas (Palladin). Sólo así se comprende que la vida siga y se multiplique, con un fondo químico único. El sulfocianato de potasio existe en la saliva y los aldehídos fórmicos y otros en la célula, el núcleo, etc. El azufre está presente en todos los seres, como cisteína, cistina, metionina, glutatión y otros muchos compuestos.

No afirmo, por último, que he descubierto el origen de la vida, y me limito a decir que lo estoy buscando, de manera que sobran las críticas y se trata de un estudio que se inicia, con una teoría que puede ser falsa y caer, como otras muchas, mías y de incontables investigadores, no sólo del modesto profesor que esto escribe, sino de sabios célebres e inmortales como Newton, casi demolido hoy por Einstein.

Sí aseguro que los hechos encontrados son indestructibles y no deben despreciarse. Todos pueden repetirlos; mis fórmulas están publicadas y daré toda clase de explicaciones al que las pida.

En resumen: el volcán, monstruo inconsciente y terrible, de rayos, lavas, lumbre y humaredas, tal vez siembra la vida en grande, sin bondad ni misericordia, sin limitaciones en el tiempo y en el espacio, a la vez que mata a los seres superiores por diversos medios, contradicción aparente, pues los microscópicos iniciales resistirán como lo hacen las materias orgánicas que produce la pólvora al explotar, al formarse en las partes frías y protegidas de los cráteres.

La guerra y el odio son como erupciones y terremotos. La vida es rescoldo; el amor es fuego que la fraternidad transforma en luz, el hombre es ceniza, el volcán es un dios, si ha creado la vida.

Hace unos mil millones de años que aparecieron en el planeta los protobios o seres iniciales, que por medio de una evolución secular llegaron hasta el hombre, el demonio de los armamentos, y la ciencia actual no explica cómo pudieron persistir mediante substancias tan complejas como la albúmina o clara del huevo (proteínas), y tan profundo misterio se desploma si yo acierto, y pregunto, lleno de dudas todavía, si el azufre, el carbón y los nitratos están reproduciendo en nosotros y todo lo que vive, la sublimación primitiva disimulándose de mil maneras los primordiales elementos en infinitas materias orgánicas, que se enredan en ellos y los disfrazan, como la hipocresía a la maldad, como la iglesia a la lujuria de Loyola.

Los hechos están a vuestra vista. Son eternos. Lo demás puede ser un error o una esperanza.

Habito por ahora en la tierra de la duda, pero hay que saber, y lo dicen los libros, que todo organismo está ardiendo por dentro, quemando su materia con el oxígeno y de manera que sus combustiones podrían ser la continuación de las plutóncas, así como otras actividades orgánicas, pues en el caso de las plantas, la función principal de su materia verde o clorófila implica la absorción de 600,000 grandes calorías y produce substancias o hidrocarburos desarrollando 3,200 grandes calorías. (Palladin, Plant physiology, 34). Caloría es la cantidad de calor necesaria para elevar o bajar un grado centígrado un kilogramo de agua.

El amor tiene también sus volcanes, como el genio, la pasión, el patriotismo.

Los muertos son Etnas apagados por la sombra y duermen en las urnas de la nada, de donde renacerán un día para recibir el beso de la vida y convertirse en fuego.

CONCLUSIONES

1º El azufre, el carbón y el nitrato de amonio quemados producen células y aspectos de seres microscópicos.

2º Dos substancias químicas, el formol y el sulfocianato de amonio dan el mismo resultado, disolviendo el segundo en el primero y esperando tres horas.

3º El sulfocianato de amonio se produce con el azufre, el carbón y el nitrato de amonio calentados, por síntesis.

4º En la pólvora, según los químicos, se forman sulfocianato de potasio, metano, y cianato de potasio y no se destruyen con el calor, por el enfriamiento debido a la dilatación brusca de los gases, a pesar de ser cuerpos orgánicos, y lo mismo debe suceder con los seres iniciales o vulcanos de las sublimaciones, conservando la vida, si la tienen, al depositarse los sublimados en condiciones favorables.

5º El azufre, el carbón y el nitrato de amonio existen en las erupciones; el último debe formarse por síntesis producida por los rayos.

6º La vida puede consistir en reacciones semejantes estando disimulado el azufre por las materias orgánicas. Toda vida implica combustiones.

7º Todo esto debe comprobarse en las solfataras, erupciones y laboratorios.

8º Estructuras microscópicas sumamente delicadas y células aparecen en mis experimentos de sublimación, a pesar de una temperatura mortal, que debe ser de 200 a 300º, y en esto deben influir circunstancias mal conocidas, además del enfriamiento debido a la dilatación brusca de los gases. Quizá la rapidez del fenómeno evita esa destrucción, como sucede si pasamos el dedo por una llama de una vela, rápidamente, sin quemarnos, o al tocar una lámina muy corriente, quitándolo en el acto. Además, se necesita, casi siempre, para destruir vida y materia orgánica por el calor, que exista el oxígeno en cantidad suficiente, y el algodón que tapa los matraces de sublimación se carboniza sólo donde hay aire.

Además, los productos de la misma se condensan en la parte menos caliente del matraz y, tal vez, de las grietas, cráteres y bóvedas de los volcanes.

Termino y afirmo que os presento estas dudas y teorías siempre en busca de la verdad, porque si el volcán es un auténtico dios, la verdad es aurora y esperanza y debe constituir el objeto profundo y supremo de nuestra vida.

TRASCENDENTAL DERROTA DE UN SISTEMA

Por LUCE FABBRI

La caída de Mussolini y la forma en que se ha producido han desorientado a los ambientes oficiales y, sobre todo, a los periodistas, a los expertos en política internacional, a esa infinita serie de forjadores profesionales de la opinión pública que las grandes agencias coordinan en el espacio.

Toda esta gente, vinculada con el gran público por el hecho de tener los mismos esquemas mentales (que por otra parte ella misma ha contribuído a formar) no puede comprender la situación italiana, que es límpida y clara aun en la tragedia. Y detrás de esta imposibilidad de comprender se esconde —bien oculto— el miedo de comprender. Veamos si se puede reconstruir con serenidad (esa serenidad tan difícil de alcanzar cuando acontecimientos esperados por tantos y tantos años tienen un comienzo de realización) el proceso que ha llevado a Italia, o, mejor dicho, a Europa, a la inestable condición actual, fecunda en infinitas posibilidades.

El sistema capitalista, entendido no sólo como un determinado tipo de organización económica, sino también como forma de vida y de civilización, incubaba el fascismo ya antes de la guerra del 14. Todo el sistema del salariado y de los precios (instrumentos de explotación económica y de dominio político a la vez sobre productores y consumidores) era minado por las rápidas transformaciones de la técnica y por el progresivo desarrollo de la conciencia de las masas. La guerra del 14-18 (para la que se puede aceptar la denominación de imperialista, no por que haya sido exclusivamente un conflicto para la conquista de mercados, sino porque fué una crisis interna del sistema vigente) no hizo sino acelerar el ritmo del proceso inevitable, a través del cual el capitalismo privado se moría. En 1919 se abrió —en Europa— la sucesión del agonizante, tanto en el terreno político como en el económico. Las clases explotadas y oprimidas querían la independencia económica y la libertad política. Muchas veces, contagiadas por la enfermedad característica del mundo viejo ya en escombros, *la voluntad de dominio,* querían —ellas o sus dirigentes— el poder político. Fué esa enfermedad (inherente, por otra parte, a la animalidad del hombre) que mató a la revolución rusa y burocratizó en la Europa occidental a las grandes organizaciones obreras, quitándoles todas sus fuerzas de resistencia y planteando únicamente en el terreno económico el dilema económico-político de ese momento que resurge hoy con más fuerza que nunca. A pesar de todo, el movimiento sindical y cooperativo, acompañado de ese deseo revolucionario de renovación que el ejemplo ruso difundía en Europa, constituyen la primera tentativa de dar a la crisis capitalista una solución popular.

Las clases dirigentes, por otro lado, a pesar del inmenso esfuerzo para dominar, limitar y torcer el progreso técnico, se daban cuenta de que éste llevaba fatalmente — en régimen de libre competencia— a una reducción progresiva de los precios por un lado y de las horas de trabajo por el otro; es decir, a la pérdida del dominio sobre consumidores y trabajadores, mientras la disminución del beneficio en las empresas y su tendencia a desaparecer completamente minaba la esencia misma del capitalismo. Contra este peligro se había encontrado un remedio pasajero en la búsqueda de mercados en países económicamente atrasados y, sobre todo en la limitación de la competencia por medio de los *trusts* y de los *cartells.* Este proceso, repito, había empezado antes de la primera guerra mundial, pero los mercados se demostraron pronto insuficientes y la concentración capitalista, primer paso hacia la desaparición de la propiedad privada y de la famosa "libre iniciativa en el campo de la producción", si había detenido el proceso de decadencia del sistema en el aparentemente tranquilo mundo prebélico, después de la guerra, se reveló inútil, a menos de ser llevada a sus últimas consecuencias: el Estado-trust, el Estado-empresario. Esta demostración la dieron poco a poco los hechos; pero, en el momento en que se planteó la crisis, no se vió bien claro ni que el absolutismo estatal en defensa del capitalismo (que eso fué el fascismo en su origen) destruiría el capitalismo privado para llevar al capitalismo de Estado, ni que el absolutismo estatal para implantar el socialismo (Rusia) llevaría exactamente —con una substitución de personas en la clase privilegiada— al mismo resultado.

Es que el privilegio político y económico no podía y no puede salvarse, contra la marea ascendente de un socialismo libre, más que a través de una concentración máxima del capital y de una burocratización de la clase privilegiada alrededor de un Estado fuerte, dueño del cuerpo y del alma de los súbditos, instrumento en las manos de esa burocracia con carácter de casta.

Estudiando el desarrollo del fascismo, especialmente a partir de 1931, se tiene una idea clara de la lógica interna de ese proceso que sería demasiado largo reconstruir aquí en los detalles.

Los pueblos que han padecido el fascismo (el italiano, el alemán, el español, el austríaco, el húngaro, etc.) tienen una conciencia clara de esta verdad fundamental: el totalitarismo estatal ha surgido contra el socialismo en primer término y ha combatido la democracia burguesa sólo en cuanto ésta ya era incapaz de defender al privilegio contra las reivindicaciones políticas y económicas de las clases explotadas.

A muchos periodistas habría que recordarles hoy que las escuadras de acción del fascismo italiano se formaron no contra Inglaterra o Francia, sino contra las cooperativas de la Italia del Norte que estaban eliminando desde la base el comercio privado y, en ciertos lugares, hasta la propiedad privada de la tierra; contra los obreros que ocupaban las fábricas; contra las Bolsas de Trabajo; contra los municipios socialistas. Los grandes comerciantes y los latifundistas las pagaban, el capitalismo mundial las aplaudía, los gobiernos más o menos democráticos las apoyaban. Mussolini llegó al poder no a través de una revolución, ni por elecciones, sino llamado por la monarquía por cuenta de la gran industria y de la banca, con el apoyo de la iglesia y —en los primeros tiempos— de la masonería. Llegó al poder con una banda manchada de todos los crímenes, pisoteando a Italia, es decir a la voluntad popular varias veces manifestada. Y fué odiado por el pueblo italiano y adorado por los que habían temblado frente a ese pueblo, como la encarnación misma del superhombre.

Había salvado la autoridad y la propiedad.

Y entonces el pueblo italiano vió asombrado cómo los poderosos de la tierra llegaban a Roma a rendir pleitesía a su tirano. Banqueros americanos, estadistas ingleses y franceses, embajadores soviéticos, intelectuales de todos los países (entre los cuales hay algunos Ludwig, héroes del pensamiento democrático) desfilaron por el Palacio Venecia. Eran los tiempos en que Churchill decía: "Si fuera italiano, sería fascista", en que MacDonald le estrechaba la mano a Mussolini y la embajada rusa le ofrecía un banquete en la atmósfera caldeada por la indignación que había suscitado el crimen contra Matteoti.

Si el fascismo era autoridad y propiedad, el antifascismo era para el pueblo italiano, libertad y socialismo.

Muchas cosas han pasado después. Para salvar la propiedad el fascismo ha tenido que cambiar las bases mismas del sistema capitalista, o por lo menos, lo ha intentado, con el consentimiento de los capitalistas más inteligentes, pero con la desorientación más completa de muchos viejos admiradores locales y extranjeros, que hablaban tontomente hasta hace poco del viraje y de la traición de Mussolini (lo mismo ha pasado en Alemania: los Thyssen que le han pagado al nazismo los gastos de la trabajosa instalación, se han incorporado al sistema o se han rebelado contra él volviendo a una concepción "democrática" de la sociedad). Una nueva generación ha surgido, educada en el clima fascista belicoso, nacionalista, de obediencia pasiva y adoración mística de la fuerza. Las sanciones parecían haber transformado una guerra de conquista, odiosa y odiada —la de Etiopía—, casi en una guerra de legítima defensa, apuntalando el régimen en el momento oportuno.

Muchas cosas han pasado. Pero, en el momento de la guerra de España se vió claro que el planteo del problema no había cambiado en Italia. La intervención del fascismo y del nazismo en favor de Franco fué sentida, por el pueblo italiano, como un acto más de defensa de la autoridad y de la propiedad contra las aspiraciones socialistas y libertarias del pueblo español. Grandes esperanzas fueron cifradas en Italia sobre la acción del Frente Popular francés. La inercia (que fué traición en ese momento) de los pueblos que, no encontrándose aprisionados por el fascismo, podían moverse, frente a la tragedia de España, fué una desilusión tremenda que paralizó por mucho tiempo la parte viva de la población italiana. En el movimiento clandestino se hablaba mucho de libertad, poco de democracia. Después vino Munich, el pacto germano-ruso... Demasiadas duchas frías.

Cuando estalló la guerra, el pueblo italiano pensó instintivamente en la liberación. Deseó no tanto la victoria de las "democracias", como la derrota del fascismo, por las posibilidades que ésta le ofrecía de libertarse a sí mismo. A esta derrota militar del fascismo el pueblo ha dado la contribución más eficaz que podía dar en las condiciones de opresión terrible en que se encontraba: la resistencia pasiva, la huelga militar.

Indudablemente el sentido nacionalista, herido por el papel de servil subordinación que la Italia fascista, "heredera de las tradiciones imperiales de Roma", desempeñaba frente a Alemania, contribuyó a intensificar la atmósfera antifascista italiana, destruyendo en muchas cabezas jóvenes la leyenda del "fascismo restaurador de la potencia de la nación". Pero este factor que la reciente emigración hebrea, perteneciente casi toda a la alta burguesía y a la clase media, habían hecho aparecer como preponderante, tiene en cambio una importancia mínima. El pueblo italiano no es nacionalista y podemos decir que nunca lo será, si pensamos que veinte años de fascismo nada han conseguido en este campo.

Italia hoy ha sacudido el yugo. *El golpe de estado monárquico es una consecuencia y no una causa del desmoronamiento del fascismo.* Basta haber leído con atención los diarios en estos últimos meses para ver que el régimen, a medida que se hacía más grave la situación en el campo de batalla, se sentía cada vez más sumergido por la marea del descontento popular. La monarquía ha dado el golpe no contra el fascismo, sino para salvar lo que se pudiera de una situación ya liquidada y capear la tormenta ahogando en ciernes la revolución popular, que no hubiera seguramente respetado la dinastía.

Los fascistas, como personas, no podían pedir por el momento un desenlace mejor ni más suave.

Lo que sobrevino después de la caída de Mussolini no es más que una consecuencia natural en el campo militar y diplomático, del vuelco de la situación política.

Ni el rey ni Badoglio representan a Italia, ni la dominan. Se sostuvieron en los cuarenta y cinco días que precedieron el armisticio sólo por la dificilísima situación en que se encontraba la península, situación que paralizaba en parte las energías populares. ¿Y ahora? Ahora el rey y Badoglio representan el gobierno títere de los aliados, como el Mussolini semirresucitado constituye el gobierno títere de Hitler.

Los italianos combaten al primero, que es el enemigo directo, el peligro inmediato y no le dan importancia al segundo. El pueblo italiano combate ahora, pero combate su propia guerra, junto con los griegos, los croatas, los eslovenos, los franceses. Todo el pueblo de la Europa sojuzgada pelea por su cuenta y cada vez más unido.

Y los gobiernos desterrados, junto con los gobiernos títeres adquieren un carácter cada vez más postizo y falso, así como se hacen cada vez más irreales las fronteras.

Ahora lo difícil es trasladar esa situación nueva, que se está gestando en los hechos, al campo artificial de las palabras y de las ideas comunes, moldeadas desde arriba y con moldes que ya eran muy viejos antes de la guerra.

Volvamos al caso de Italia, que es, en este momento, el ejemplo típico.

Para comprender el estado de espíritu del pueblo italiano, hay que despojarse de toda la propaganda retórica que ha llenado el mundo desde la prensa y la radio, los comités y los mitines a partir de la época de los "frentes populares". La emigración antifascista italiana, que ha vivido por tantos años en clima democrático, lanzaba desde hacía mucho tiempo a Italia cierto número de consignas, de las cuales he aquí las más importantes: "¡Fuera los alemanes del suelo de la patria!", "¡Viva la democracia!", "Las naciones unidas combaten por la libertad del mundo", "Queremos el castigo de los culpables, de los que han arrastrado a Italia a una guerra inicua, haciéndola esclava de Alemania", "La casa de Saboya es cómplice", "Viva la república democrática italiana", "Hay que rehabilitar a Italia". Algunas de estas consignas eran y son justas, otras no. Pero si las comparamos con lo que gritó el pueblo italiano en las calles durante los primeros días del llamado gobierno de Badoglio, cuando en realidad nadie podía contenerlo, ni dictarle líneas de conducta, salta a la vista la diferencia de clima espiritual.

Ante todo la atmósfera no era de derrota sino de victoria y de liberación. La gente se abrazaba en la calle llorando de alegría. El verdadero enemigo había sido derrotado. Y el derrumbe del régimen significaba la desaparición de la retórica nacionalista, la terminación de una guerra absurda; el socialismo. El pueblo derribó estatuas y símbolos fascistas, pero no se le ocurrió hacer el signo de la V; gritó "¡Viva la paz, viva la libertad, abajo el fascismo!", pero no "Viva la democracia" ni "Viva Inglaterra". Mató a muchos fascistas italianos y a algunos millonarios, pero sólo por razones circunstanciales a soldados alemanes. Se manifestó más claramente el odio social contra el nazismo, forma alemana del fascismo, que el odio nacional contra Alemania. El grito "¡Fuera los alemanes!" no se oyó en las plazas. Y nadie pidió "¡Pan!" aunque la escasez fué terrible en los últimos años. La muchedumbre pidió la liberación de los presos políticos y la eliminación completa del fascismo. (En ese adjetivo "completa" está englobada la desaparición de la monarquía y de muchas otras cosas que se habían injertado en la realidad fascista. "Le piaghe d'Italia sono tre" —cantaba desde hace años en voz bajo el pueblo de la península— "Papa, fascismo e re"). Cuando se trató de cambiar el nombre fascista de una calle de Milán, la gente no se acordó de la monarquía ni de la república, de Churchill ni de los héroes antialemanes de la historia italiana. Se situó naturalmente en otro plano y el "Corso Littorio" se llamó "Corso Matteotti".

Lo más sorprendente, aun para quien había seguido de cerca la evolución de la situación italiana, fué el carácter secundario y ocasional de la venganza contra los fascistas, que tanta parte ocupa en los discursos de los antifascistas emigrados. Se ha ejercido directamente justicia en el primer momento, especialmente fuera de la capital; pero no se ha oído el esperado clamor que invocara del gobierno fusilamientos y encarcelamientos de culpables (indicio claro de la poca influencia del partido comunista); los volantes distribuídos por "Giustizia e Libertá" exhortaban a los obreros a asumir el poder en las calles y en las fábricas.

Tomados entre los dos fuegos, de la ocupación alemana, que, en ese ambiguo período de los cuarenta y cinco días se estaba extendiendo solapadamente como una terrible, muda, permanente amenaza de muerte, y la realidad de un estado de guerra contra los invasores del sur; considerados como aliados y libertadores en potencia, pero representados en ese momento por los aviones de bombardeo, los italianos, convalescientes de la larga enfermedad fascista, dedicaron la pausa al trabajo necesario de reconocerse, de recuperar la costumbre de hablar en voz alta y discutir, de mirarse en los ojos bajo el sol deslumbrante de la libertad reconquistada. Y especialmente emplearon ese tiempo en organizarse: organizar las fuerzas en las calles y en las fábricas. Eran fuerzas revolucionarias, que pedían la paz con las Naciones Unidas, aunque sabían que esa paz era —fatalmente— el comienzo de la verdadera lucha.

Y ahora estas fuerzas luchan, pero su lucha no es ya sólo contra el fascismo italiano que, en sí mismo, ya no existe, sino contra la forma paneuropea del fascismo: el nazismo alemán.

Y, llevadas por el desarrollo de las cosas que tiene una lógica muy suya, se han situado por encima de los límites y de los problemas nacionales, en el plano de esa guerrilla que va del Atlántico al Dnieper, de Jutlandia a Creta.

Algo grande se vislumbra en el porvenir, entre la sangre de los combates, los incendios de las ciudades saqueadas, el hambre, las epidemias y el polvo de los bombardeos: la revolución europea, y no sólo la europea.,.

La caída de Mussolini significa que las derrotas de 1922 en Italia, 1933 en Alemania, 1934 en Austria y Asturias, 1939 en toda España, no son definitivas si el monstruo victorioso en esa larga cadena de batallas sangrientas ha podido caer así, ignominiosamente, mientras los pueblos recuperan de a poco su combatividad en la lucha social. ¡Gracias sean dadas al pueblo español que tocó la diana de este resurgimiento! Fué derrotado porque todas las clases privilegiadas y todos los gobiernos se coaligaron contra él, como antes habían sido cómplices del aplastamiento del pueblo austríaco, y, remontando hacia atrás en el tiempo, del pueblo alemán y del pueblo italiano.

El resurgimiento empieza en España, a pesar de la derrota, porque en España no hubo resistencia, sino ataque.

Y esta misma guerra en lo que tiene de popular y de revolucio-

Algo grande se vislumbra en el porvenir, entre la sangre, el dolor, y el polvo de los bombardeos

naria, es la continuación de ese impulso inicial que, ayudado por las disensiones de los dueños de la tierra, de las armas y del capital, se transforma en el posible vencedor de mañana. El peligro que amenazó a España, desde el 19 de julio de 1936 acecha también a este formidable esfuerzo popular de liberación.

El peligro está arriba, como siempre. Las fuerzas reaccionarias han dejado de creer (no sabemos si definitivamente) en el fascismo de Hitler y de Mussolini. Pero siguen siendo partidarias de un gobierno fuerte y quieren que la hegemonía económica no escape de las manos que siempre la tuvieron. Y por desgracia estas fuerzas tienen todo el aparato militar y administrativo en las manos. Claro que son pequeñas frente a la tormenta que, como el aprendiz de brujo, contribuyeron a desatar. Pero hacen esfuerzos desesperados por recuperar el control de la situación.

Y como disponen además del arma de una poderosa propaganda, puede que consigan su fin: restaurar las viejas instituciones (cuanto más viejas y reaccionarias mejor; Borbones en España, por ejemplo; Habsburgos en Austria-Hungría, los Saboya y acaso —¿por qué no?— Estado pontificio en Italia). Esta restauración no podría ser duradera pero llevaría a un nuevo fascismo contra la inevitable revolución popular y, probablemente, a una nueva guerra.

El mismo malentendido que surgió en Africa del Norte se reproduce en Italia y era casi fatal que se reprodujera; es el malentendido entre las dos guerras que hay en esta guerra: la guerra civil de nuevo tipo entre absolutismo y libertad, entre explotadores y explotados, y la guerra militar entre naciones de tipo enteramente viejo. Los pueblos a través de sus hombres en los ejércitos y en las guerrillas, de sus anhelos de su multiforme ayuda, combaten la primera; los gobiernos, sus burocracias, sus cuadros militares la segunda. Hasta el vocabulario de las dos guerras es distinto: por eso la prensa nos hablaba del bajo estado moral del pueblo italiano el 25 y el 26 de julio, días en que Italia salió de una crisis de desmoralización que había durado 23 años, y se entusiasmaba emborrachándose de libertad. Pero, ¡cuidado! el vocabulario de Europa, de toda Europa, es el vocabulario de la guerra civil, no de la otra. Por eso la caída de Mussolini, no es, como dicen los diarios, la consecuencia de la derrota militar de Italia y, a la vez, un serio golpe para la potencia bélica de Alemania. No; la derrota militar ha sido el resultado directo del fracaso interno del fascismo como partido y como sistema de gobierno, como organizador de la vida material, y forjador de conciencias en serie. Y las repercusiones de este fracaso, se sienten más en el campo político de la guerra civil que en el frente de Calabria o en el frente diplomático (más en la guerra profunda que en la guerra abierta, diría Waldo Frank). Consecuencias directas de la caída del fascismo italiano fueron en esos días: las huelgas contra Carmona en Portugal, la debilidad de Hitler en la misma Alemania, los terrores de Franco (la Falange afirma ahora ser cosa totalmente distinta del fascismo), la agitación popular en Bulgaria, las nuevas energías de los guerrilleros yugoeslavos, algunos de los cuales recibían ya entonces armas y ayuda de soldados y civiles italianos...

Los pueblos de Europa, hermanados en el sufrimiento y en la servidumbre, no necesitan de la gran prensa, ni de las interpretaciones de los expertos para entenderse. "La caída del fascismo italiano —decía una noticia de estos días— ha afectado la moral alemana mucho más que la pérdida de un ejército en Stalingrado". Lo sabíamos, y podemos decir por qué: Stalingrado infundió en todos los alemanes miedo y dolor; el derrumbe de Mussolini dejó vislumbrar a muchos otra posibilidad de vida, una nueva dignidad para la persona humana, una nueva esperanza. No desmoralizó sino a los nazistas profesionales; para el pueblo que trabaja contribuyó a poner el acento del odio sobre el verdadero enemigo, el interno. Mussolini e Hitler fueron más hombres de partido que conductores de pueblo. El prestigio y la potencia exterior de Alemania y de Italia fueron para ellos un pedestal personal, un soporte de su hegemonía interna. El hecho de que el Estado nacional totalitario se haya proyectado en un plano universal y se haya transformado en el sueño del Estado totalitario único y sin fronteras, con todo un pueblo en función de casta dominante privilegiada, tiene sus raíces en la conciencia de la universalidad del proceso que ha llevado al fascismo y en el deseo de someter, a través de la nación, al mundo. Pero, fundamentalmente, racismo e imperialismo han sido instrumento de dominio interno. Por eso una derrota política del calibre de la muerte del fascismo primogénito es un golpe a la potencia política de Hitler más que a su potencia militar, y es más grave que diez Stalingrado. Tan grave, que no se concibe que el nazismo haya dejado que se produjera, a no ser que se encuentre él mismo muy débil. *La impotencia del nazismo alemán frente a la quiebra del fascismo italiano es síntoma claro de una situación revolucionaria en Europa.*

Las masas obreras italianas lo sienten así y es difícil que comprendan las necesidades militares —por imperiosas que sean— que llevaron a los aliados a bombardear Génova, Milán y Turín, las ciudades más antifascistas de Italia, cuando el fascismo ya había caído y cuando la muchedumbre pedía la paz. La propaganda oficial del gobierno de Roma, mientras por un lado trataba de explotar y fomentar esta incomprensión, agitaba frente a los aliados el fantasma de la revolución y del comunismo, para conseguir, sobre la base de la solidaridad fundamental de todos los gobiernos frente al peligro común, mejores condiciones de paz.

La guerra militar y la guerra revolucionaria se ayudan, o, por lo menos, se han ayudado hasta ahora, pero difícilmente se entienden. En el lenguaje de la primera Hitler ha perdido, con Italia, la décima parte de su potencia bélica; en la lógica de la segunda el totalitarismo empieza a estar en quiebra. La sucesión del mundo capitalista se vuelve a abrir. Matteotti resurge hoy en Italia. Y todas las grandes sombras de los caídos —en una batalla que parecía cerrada y continúa— se agitan en el horizonte europeo: Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, Rosselli y Berneri, Durruti y Squirru, los socialistas austríacos caídos luchando contra Dollfus, los libertarios españoles que murieron en defensa del mundo nuevo y libre que habían creado, los socialistas polacos fusilados por los alemanes y por los rusos, los "internacionales" cuyos huesos se calcinan en las arenas del Sahara, en el emplazamiento de los campos de concentración democrático-totalitarios...

Después de tantas derrotas, la caída del fascismo italiano es la primera victoria de esta lucha que continúa. De la acción del pueblo de Europa y del apoyo inteligente de los pueblos del mundo, depende que sea definitiva. El totalitarismo sólo puede ser vencido por los pueblos y en su terreno, que es el de la guerra civil.

El proletariado mundial que es instintivamente antifascista, se ha levantado contra Hitler y Mussolini en un impulso generoso (aunque tardío), que ha dado a esta guerra un carácter especialísimo. A causa de este impulso, sin el cual todo se hubiera perdido, la guerra de los gobiernos, de los diplomáticos y de los generales, ha adquirido muchos de los caracteres de la guerra revolucionaria.

Hacer converger este impulso aun demasiado impreciso e instintivo, con la realidad nueva que se está gestando en Europa, es la misión de los hombres de conciencia libre, en cualquier país que se encuentren.

Montevideo: Setiembre de 1943.

HOSTOS, EL PEREGRINO

Puerto Rico está más allá del mar grande, mar de las carabelas, de los conquistadores y del monopolio español, sufriendo dominación —la última— del poder metropolitano que en tierra firme ya abatió la América en la jornada de sus capitanes y sus tropas. El comerciante español dispone en la isla la vigencia de su interés. La ley se hace de su ansia. La isla vive opresa y pobre. Pobreza de oprimida en la era en curso del liberalismo para la que los ideólogos han compuesto la fórmula de riqueza y bienestar. Las naves españolas y el recaudador se llevan los frutos de la pequeña isla sometida, lo que la tierra de las labranzas rinde, lo que sus gentes nativas laboran. Las naves hacen un puente. Por el puente todo se va. Nada vuelve por el puente. Por el puente bailan todos. Puerto Rico, no.

En Madrid hay un muchacho que pena por su patria. La opresión de la isla es su dolor y la libertad es su insistente quimera. En esos sus días madrileños del dolor escribe una novela, libro primero, que es declaratoria de sus angustias fuertemente esperanzadas. La novela se llama *La Peregrinación de Bayoán*. La peregrinación. ¿No va en el título un presentimiento del mozo? Va. Y va el presente de su patria peregrina. A él lo sabremos después en peregrinaje por el continente, penando y volviendo a penar. Pero ahora está en Madrid y más allá del mar grande está Puerto Rico. ¿Qué hace él en España mientras le abren el corazón las penas? Su estada tendrá un sentido. Será el embajador —sin más poderes que los de su fe libertadora y su voluntad— de su pueblo lejano y prisionero. España hace el tránsito convulsionado, contradictorio, desordenado de los años

que llevan a su primera República. ¿Yendo hacia la República no irá España hacia la rectificación de su política de ultramar? Acaso. El mozo puertorriqueño lo piensa. Con sus pobrezas ha vivido en España los años de la víspera, los de Isabel mundana y pecadora. Con sus pobrezas y un buen equipo de desengaños se ha ido a París, pero España lo busca y los amigos que lo saben angustiado lo llaman. Sus amigos conspiran. La República en el tumulto está lejana. El puertorriqueño ingresa otra vez, ganoso y esperanzado, en España, la opresora, por caminos de montes, furtivamente, en conspiradora marcha. Llega a Barcelona. Ya ha sido derrocada la reina pecadora. En su corazón, la fe le dicta al peregrino una esperanza, la esperanza: las Antillas serán libres con un nuevo régimen en España. Y él toma a su cargo, jubiloso y juvenil, la empresa de conciliar y de explicar la libertad antillana en razón directa con el régimen nuevo. En la tribuna del Ateneo, su voz dice la oración de su esperanza. "Señores: yo no necesito decirles lo que soy. Yo soy americano: yo tengo la honra de ser puertorriqueño, y tengo que ser federalista. Colono, producto del despotismo colonial..." (Juan Bosh, *Hostos*, pág. 83). Y reclama un nuevo trato para las islas americanas del Caribe. Es "un antillano llamado Hostos, de ideas muy radicales, talentoso y brioso", escribiría del orador del Ateneo en uno de sus *Episodios*, don Benito Pérez Galdós, el canario que en 1886 hiciera su ingreso a las Cortes con el acta de Puerto Rico que seguía opreso. Reclama libertades para su isla, Hostos, *talentoso y brioso*. Pero el nuevo régimen, el de Serrano que estuvo de funcionario en Cuba, el de Prim que fué capitán de Puerto Rico, no autoriza la libertad en las últimas tierras del imperio español en América. Al que en las islas se subleva reclamando lo que en Madrid reclama Hostos lo callarán los fusiles del régimen de Madrid. Contradicción de aquel vacilante régimen que iba hacia la República no precisamente por los caminos republicanos. Protesta el antillano y se angustia. Acude a los líderes liberales, a los republicanos. Es en vano. Pí y Margall le dice que no han madurado suficientemente los procesos como para hacer posible una comprensión española para los problemas de las Antillas. Respuesta cordialmente negadora. Castelar, que le había prometido apoyo, que se ha hecho escribir por él algún discurso en favor de las islas oprimidas, se negará después a considerar siquiera las posibilidades. Es preciso su egoísmo metropolitano. La libertad tiene para él fronteras. Se la explica en Europa. No se la explica en América. La República puede ser española. No tiene derechos a ser antillana. Castelar le dice a ese hombre treintañal que le solicitaba la libertad de su isla, acaso no la entera libertad, sino la mínima, estas palabras oscuras, egoístas: Primero soy español, después republicano. Limitado republicanismo del líder de la República que vendría, pasajera de vacaciones, a desilusionar, a negarse, a ensayar mal sus fuerzas. En el solicitante, en el mensajero van dejando huellas todas las angustias. Es joven y es viejo. Tiene la juventud de su continente joven. La vejez de los dolores de su isla, de sus islas en plural podemos decir desde entonces, porque en su peregrina fe libertadora a Puerto Rico se le asocia Cuba, a la Antilla menor la mayor Antilla. Causa plural. Y abandona España. En Madrid, en Barcelona, a él le ofrecen todo. A sus islas, nada. El no acepta ofrecimientos que no alcancen a ellas. "Si en la Constitución de España no cabe mi patria, donde no cabe mi patria no quepo yo". Elemental reflexión de su sinceridad. Se va de España. Se va, en pobreza. "¡Mi enemigo, el dinero!". No oye rogativas, ni aconsejamientos, ni acaso las llamadas del amor en su carne de treinta años. Pudo ser diputado puertorriqueño a la Constituyente, pero él no acepta mandato que no le llegue con las credenciales de la libertad. Pudo ser publicista en Barcelona, político en Madrid. Será libertador en las Antillas. Se va. Camino de América. Peregrinación.

Peregrinaciones. Cuando llega a Nueva York, peregrino iluminado, patriota sin patria, los reveses se le van mostrando y lo van mordiendo. Ahí en Nueva York está la emigración antillana, los revolucionarios ante el colonialismo, los líderes de las insurrecciones muertas y sacrificadas pensando la empresa nueva, la liberación de las islas, la fundación para la libertad de una Confederación de las Antillas. Pero, los sueños que se rompen hacen huraños y recelosos a los hombres; los fracasos aconsejan a la intriga. La victoria es el destino del hombre; de manera que los derrotados no viven sus destinos, y en los climas de la emigración antillana de Nueva York circula, corsario de aguas intranquilas y velas desfallecientes, la voz intrigadora. El recelo puede más que la confianza entre los derrotados, y los nuevos sueños deben abrirse dificultoso paso entre tristes cenizas de los sueños vencidos. El viajero treintañal que trae consigo las angustias de la travesía europea se encuentra con la dificultad intrigadora para hacer comprender su recobrada fe. La intriga lo ronda. El recelo empaña sus cristales. ¿Desfallece? Lucha. En la lucha que lo angustia y lo envejece se endereza definitivamente el corazón. Será libertador. Con tropa, o solitario. La lucha es su misión. Y va a cumplirla entre la intriga, el desfallecimiento y la pobreza.

Y toda América hispana lo ve peregrino, mensajero de razonados mensajes libertadores. Cartagena. Panamá. Lima. Valparaíso. En cada república, escribe diarios y ocupa tribunas. En cada república, en lenguaje misionero reproduce el reclamo. Las Américas libertadas deben ayudar a libertar a las oprimidas. Pero, la ayuda ha de ser en buena ley. Estaba en Lima haciendo desde el periodismo una campaña y le han querido comprar. El soborno eran doscientos mil pesos para la causa de Cuba. El grita miserable en la cara del sobornador. La libertad de Cuba se hará con dineros limpios. No se sostienen las esperanzas con los dineros del robo. Quedaban escritos los fundamentos de *Moral Social*.

De Chile a Argentina. De Argentina a Brasil. De Brasil a Nueva York, donde convocan para una expedición que llevará hombres, armas y banderas a las islas. La vida pobre en Nueva York, traduciendo textos, enviando correspondencias. Las expediciones fracasadas. Y otra vez, la peregrinación americana. Venezuela, que le da mujer. Santo Domingo que le da discípulos. Chile que le da sosiego para la labor. Y Nueva York. Un viaje a Washington para reclamar —siempre reclamar—, reclamo libertador, la libertad para su Antilla menor, que la Antilla mayor comienza a saber algo de ella. Desoído reclamo. Vana peregrinación. Y el reencuentro con Puerto Rico, después de tantos años... que los vivió sin olvidarle un día. Y el nuevo desencuentro con la patria. La nueva peregrinación. Y Santo Domingo, otra vez, donde la peregrinación termina.

DARDO CUNEO

PAZ Y RECONSTRUCCION POSBELICA

ENCUESTA MUNDIAL *organizada* por HOMBRE DE AMERICA

1° — ¿Cuáles deben ser a su juicio las características principales de la reconstrucción posbélica?

a) En el orden político: ¿Se mantendrá la actual estructura de división por naciones? ¿Se podrán constituir grandes uniones regionales y continentales? ¿Es el federalismo el sistema más adecuado de relación entre los pueblos? ¿Cuáles son las fallas más notorias de los regímenes democráticos que habrá que superar? ¿Cómo impedir que las naciones de mayores recursos o más industrializadas avasallen a los pueblos más pobremente dotados?

b) En el orden económico: ¿Cuál será el papel del capitalismo privado? ¿Es conveniente una centralización económica estatal? ¿Se podrá socializar la tierra y aplicar este sistema como solución a otros importantes problemas económicos? ¿Cómo contrarrestar a las fuerzas que pugnarán por hacer perdurar la expansión imperialista?

2° — ¿Qué contribución puede aportar América a la paz y la reconstrucción mundial?

3° — ¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la pasada contienda?

Gerardo Gallegos

Escritor ecuatoriano, autor de obras de tanto valor como "El embrujo de Haití", "El puño del amo", "Eladio Segura", "Beau Dondón" y otras.

La amplitud de los temas es para escribir un libro. Cada capítulo del cuestionario puede ser un ensayo, y, sin embargo, si toda aquella posible especulación se limitara a uno de los extremos del cuestionario, destinado a enjuiciar la posición de la América indohispana en la posguerra, quizás fuera posible condensar la respuesta en el espacio de una página. Este es mi propósito.

Aquello que los pueblos pequeños y libres pueden esperar de la posguerra y lo que los hombres no teorizantes de la democracia de la libertad, con propósitos políticos inmediatos, podamos ensayar para la reconstrucción de un mundo destrozado espiritual y materialmente por la guerra, depende exclusivamente de cómo y en qué forma la victoria militar de las Naciones Unidas dé final a la guerra.

No es ésta la oportunidad de especular acerca de los graves conflictos que confrontarán las potencias vencedoras entre sí —particularmente la Unión Americana e Inglaterra frente a la potencia de los Soviets— en cuanto se haya apagado el eco del último cañonazo sobre los abatidos baluartes de Hitler; pero no es posible creer que los estadistas se sentarán en torno de una mesa redonda para tratar de la aplicación de la Carta del Atlántico y las Cuatro Libertades, con la actitud de si acabaran de arribar a la tierra procedentes de Marte o de la Luna. Sin tomar en cuenta ese vaho mareante de odios, rencores y venganzas que se alzará de ese gran charco de sangre todavía caliente, sin pensar en cuán enardecidos estarán los ánimos ante la vista de sus hogares, sus pueblos y sus riquezas materiales completamente destrozados, y solamente considerando los intereses de las potencias vencedoras, se puede asegurar, que se hará firme la intención manifiesta hoy en repetidas ocasiones por los conductores de la guerra —los mismos que manipularán la victoria: "las potencias democráticas no se desarmarán. Armadas y alertas no permitirán que las naciones agresoras vencidas se rehagan para emprender una segunda cruenta venganza". En buen romance esto significa que la potencia aérea, militar y naval, de las Naciones Unidas seguirá un ritmo de crecimiento, —sin duda alguna más lento y sin la urgencia de ahora, en que todo el esfuerzo de las naciones beligerantes es uno solo para la guerra— pero, necesariamente, exigirá un presupuesto de gastos enormes, el que continuará pesando sobre los pueblos, de modo que la economía de guerra no será sustituída por una economía de paz, sino quién sabe en cuánto tiempo. Enfocada la situación posbélica desde este aspecto, a los hijos de Hispano América nos importa precisar: ¿cuál será el destino de las bases aéreas y navales concedidas a la Unión por estos países para la defensa del continente? ¿Dichas concesiones continuarán siendo consideradas necesarias para la defensa del hemisferio y, en consecuencia, se suspenderá indefinidamente su devolución a la soberanía legítima de los países de las naciones respectivas?

Ciertamente, como decía al comenzar estas líneas, la solución a esta pregunta dependerá de cómo y en qué forma se gane la guerra. Asimismo es cierto que cualquiera que sea este final las potencias unidas vencedoras no depondrán su fuerza; no abandonarán sus posesiones estratégicas, no abandonarán el camino recorrido de 1930 a la fecha, tal que si nada hubiera ocurrido en el mundo. Por lo contrario seguirá dominando un clima de poder, y poder quiere decir fuerza. Esta es la realidad. Y a la realidad no se la discute: se la acepta y se la afronta. No sabemos los hijos de esta América, cómo serán las líneas estratégicas de la victoria, ni cuáles intereses pondrán sus cartas de triunfo en el último instante. Pero con vistas a esta misma incertidumbre, los pueblos no bien organizados, manifiestamente débiles y navegantes en "ajenas esferas de influencia" requieren, como necesidad inaplazable, presentar un frente unido, material y espiritual, a las grandes contingencias que se avecinan.

A propósito de esta unidad se ha teorizado bastante, pero muy poco se ha hecho en el orden práctico. Pienso que esa frase de "unidad de las Américas", hecha abstracta a fuerza de ser repetida en todos los tonos y en todas las circunstancias oportunas e inoportunas, sólo adquiere categoría cuando se concreta en planes positivos, capaces de crear emoción en los pueblos; de sugerir idealidades, esperanzas, y de —en sentido contrario— levantar polémica, crear resistencias. Lucha, en suma, que enardezca el espíritu de los hombres y los conduzca a una realidad superior.

Tal como están distribuídas, la mayor parte de las naciones de la América latina, presentan un cuadro arbitrario, incongruente y sin posibilidades de evolución y verdadero engrandecimiento. ¿Qué es lo que pueden hacer por sí, para sí, ni significar positivamente ante las naciones más fuertes y mejor organizadas del mundo, Costa Rica o El Salvador en la América Central; el Paraguay, Bolivia o el Ecuador en la América del Sur?

Si hay lógica en la historia; si un pasado de convivencia en la forja de una cultura deja huellas perdurables en el alma de los pueblos; y si la raza —que es sangre y que es espíritu— tiene un valor de destino, Ibero América, como antecedente ineludible para una superior evolución de sus incipientes normas de vida democrática, debe sentar las bases de grandes unidades estatales. Federados o confederados —la forma de organización política es contingente y circunstancial—, los minúsculos Estados de América, hoy dispersos en el continente y en las Antillas, para estar en condiciones de discutir de "soberanía a soberanía" sus propios intereses, tienen que dar contornos definidos y una positiva significación a esa frase vaga e innocua por lo repetida: Unidad de las Américas.

La federación de las repúblicas centroamericanas es, tal vez, el problema "unitario" de más pronta y fácil solución. En cambio, en la América del Sur existen otros pueblos de honda raíz "unitaria", pese a que el sórdido drama vivido en el siglo de su independencia, les ha envenenado de odio el alma de cuatro generaciones. Me refiero a las repúblicas del Ecuador y el Perú que hasta hace cuatro siglos integraron el núcleo del Imperio de los Incas, y continuaron siendo nervio y pulso de una floreciente cultura hasta poco más de cien años, cuando el Virreinato de Lima. Solamente al final del coloniaje y en los primeros tanteos de la vida republicana independiente se ensayó —y con los peores resultados— una nueva distribución que sólo alcanzó a dividir física y moralmente dos pueblos hermanos y hacer de los mismos dos enemigos, sobre los escombros de un vano, por lo artificial, ensayo de una Gran Colombia. Desde entonces ha transcurrido un siglo. Las pequeñas nacionalidades que surgieron a la libertad y a la organización republicana, han alcanzado una definida personalidad colectiva, con conciencia de sí mismas como pueblo y como cultura. Pero ni esa personalidad ni esa cultura pueden lograr plenitud mientras no se reintegren a su unidad por los temporalmente olvidados cauces de su tradición, de su geografía social y étnica; en suma, por los caminos de la tierra y del espíritu.

No deja de ser una verdadera suerte para estas generaciones el que les haya tocado luchar junto a las potencias democráticas, por la defensa no precisamente de su "vida democrática", frase que no deja de ser una paradoja para algunos de estos pueblos, si no más bien por un libre desenvolvimiento hacia una organización democrática. Pero ¡quién puede asegurarnos que nuestra mejor amiga, la gran nación norteamericana, perseverará ella misma —por mil, por ciento o por diez años— en su ideología democrática! Ni menos, ¿quién es el que pudiera afirmar que seguirá primando en la política de América Sajona el criterio de "buena vecindad" que informa hasta hoy la obra de gobierno interamericana del presidente Roosevelt? Los hombres como los pueblos respetables y dignos no fían a ajenas personas la custodia de su respeto y de su dignidad. Las respaldan con su propia fuerza material y su propia energía moral. Pero mientras pequeños y mal organizados pueblos de Indo América giren, por lógica de su debilidad y de su desorganización económica y políticamente, en torno a foráneas esferas de influencia, la democracia y la libertad que pretendan vivir, no serán de sí mismos, sino de quien las obsequie, las venda o las imponga, y, en todo caso, las habrán pagado con un pequeño sacrificio de su dignidad.

La Habana, septiembre de 1943.

Post scriptum. — Apenas fechada y firmada esta contestación a la encuesta de HOMBRE DE AMÉRICA, leo en los diarios una noticia que viene a confirmar mi opinión de cuán incierto es el futuro de las relaciones comerciales entre los magnates de la Unión y los productores de la América latina. La noticia dice escuetamente que varios senadores han presentado proyectos de ley a la Legislatura de los Estados Unidos a fin de impedir legalmente que se lleven a cabo empréstitos que propendan a la intensificación de cultivos en las naciones latinoamericanas, siempre que en la Unión se produzcan artículos agrícolas similares para la exportación. Y, concretando aún más el objetivo de la movilización senatorial, declaran dichos senadores su oposición al préstamo de 25 millones de dólares para la intensificación del cultivo del arroz en Cuba.

GERARDO GALLEGOS

Agustín Souchy

Sociólogo y militante del movimiento socialista libertario. Ex secretario de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

¡Nunca más la guerra!, ha sido el grito en todos los países al final de la primera guerra mundial de 1914. Todos los pueblos tenían la convicción de que esa guerra sería la última.

Estos deseos pacíficos no han sido cumplidos. Parece que ha sido en vano el sufrimiento de la primera guerra mundial. Las naciones no han sacado ninguna enseñanza de ella. ¿Las extraerán de la guerra actual y establecerán garantías para que no se repita una nueva conflagración?

Todavía no hay decisión de las armas: continúan las batallas. Pero ambas partes beligerantes ya han expuesto sus finalidades de guerra y de paz.

Hitler y Mussolini quieren hacer un "orden nuevo" en Europa; el Japón pretende hacer lo mismo en Asia.

El nuevo orden de los estados totalitarios significaría un reparto forzoso de todas las naciones entre los tres grandes imperios. Europa será subyugada, como así todas las naciones del orbe, puesto bajo la influencia de los nuevos déspotas.

Los pueblos se oponen al "Nuevo Orden"; quieren fundar la paz sobre la libertad y la autonomía de las naciones. Los postulados de la democracia, de la libertad y de la auto-determinación de los pueblos han sido proclamados en 1918 por el presidente Wilson de los Estados Unidos. La Sociedad de las Naciones de Ginebra ha sido fundada a base de estos pirncipios. No obstante, la S. de N. no ha podido impedir la guerra actual.

En agosto de 1941 los señores Franklin Roosevelt y Winston Churchill han elaborado la conocida Carta del Atlántico, exponiendo en 6 puntos los objetivos de guerra de las naciones unidas. En este programa, la democracia y la libertad de los pueblos constituyen la base de la paz futura.

Inglaterra y Rusia, de acuerdo con los EE. UU. han concluído en el mes de mayo de 1942 un pacto de defensa mutua, con validez de 20 años, contra un tercer poder u otros poderes, constituyendo una garantía de paz para Europa. Este pacto debe valer principalmente como estímulo para los pueblos ruso e inglés en la contienda actual.

Otro pacto bilateral ha sido concluído en el invierno de 1941-42 por los gobiernos checoeslovaco y polaco actualmente residentes en Londres. El contenido de este pacto consiste en una unión militar, económica, financiera y cultural de ambas naciones. Un pacto similar ha sido concluído por los gobiernos yugoeslavo y griego, igualmente residentes en Londres.

Estos últimos pactos constituyen un progreso, porque

El autor de este trabajo, actualmente en México, nos dice en carta del 19 de agosto: "Antes de marcharme de Europa, hemos preparado una conferencia clandestina en una parte ocupada por las tropas nazis, a la cual asistirían socialistas, libertarios, sindicalistas, demócratas y representantes de todas las corrientes izquierdistas de todas las nacionalidades europeas, para discutir precisamente el tema de la reconstrucción. Yo estaba elaborando el Orden del Día y un programa a presentarse para su discusión. Mi obligada salida de Europa me impidió proseguir los trabajos de organización de esa conferencia; otros amigos continuaban ocupándose, aunque por desgracia algunos han sido encarcelados. No obstante, esta tarea no se ha interrumpido y existe un gran número de hombres inteligentes y valientes que dedican todas sus energías en este propósito. Considero aún de actualidad el proyecto elaborado por mí en Europa hace dos años y os lo remito porque coincide con vuestro cuestionario".

significan la abolición de las fronteras aduaneras, financieras y políticas, y por lo tanto una fraternización completa de los pueblos eslavos, separados hasta hoy.

No obstante estos pactos bilaterales no constituyen una verdadera garantía de paz. Si excluyen a otros poderes, la situación equívoca continúa, y con ello las posibilidades de conflictos entre las naciones.

Otra proposición se manifiesta en favor de la formación de tres grandes federaciones europeas: una latina, una germánica y una eslava. No se puede esperar llegar a la unificación pacífica de Europa haciendo unidades raciales o lingüísticas.

Un reglamento general se impone. Sólo una federación, englobando todas las naciones de Europa, no excluyendo ninguna, puede solucionar el problema.

Una tal federación europea no impide la autonomía de las entidades regionales, y da "espacio vital" a las grandes naciones como a las pequeñas. La reorganización y la concentración de las fuerzas económicas de toda Europa —una necesidad imperiosa de posguerra— trayendo en su seno todas las fuerzas económicas sin preocupación de las diversidades técnicas, harán desaparecer el antagonismo nacional existente todavía hoy. La distribución equitativa de las materias primas, la determinación de cuotas de producción y de los mercados intereuropeos e internacionales solucionarán también, de una vez para siempre, el problema de las colonias.

Se ha dicho repetidamente que esta guerra tiene carácter de una lucha de ideas. Es exagerada esta afirmación. Lo que sí contribuyó efectivamente a envenenar las relaciones entre las naciones, fué la propaganda de los totalitarios con miras a trasplantar su régimen a otras naciones. Reconociendo este peligro, Inglaterra y Rusia se comprometen en su último pacto a abstenerse de inmiscuirse en los asuntos interiores de otras naciones.

Esta obligación de respeto mutuo, aun siendo un progreso, no es bastante para asegurar la paz. Es la existencia de regímenes totalitarios o despóticos lo que constituye un peligro bélico. Un régimen totalitario, con un dictador a la cabeza, no teniendo limitado sus prerrogativas por la voluntad del pueblo y por instituciones libres, constituye una amenaza para todas las naciones vecinas. La única garantía para la paz son las instituciones libres y democráticas en cada nación. Esta verdad ya ha sido reconocida por Saint Simón en su trabajo sobre la Reorganización de Europa, publicado en 1814. "No hay paz —dice Saint Simón— mientras existan naciones gobernadas despóticamente y pueblos privados del derecho de decidir ellos mismos sobre su vida política". Instituciones democráticas en cada país y el establecimiento de un parlamento intereuropeo con representantes de cada nación, ha sido para Saint Simón la condición indispensable de una paz permanente en el mundo.

Desde el tiempo de Saint Simón, el mundo ha marchado hacia adelante y a veces también hacia atrás. La Sociedad de las Naciones fué una especie de parlamento internacional. Pero sabemos, desde Montesquieu, que un poder legislativo no tiene fuerza sin un poder ejecutivo. La S. de N. no tenía ningún poder ejecutivo; no tenía fuerza de hacer respetar sus resoluciones y acuerdos; ni a sus componentes ni a los poderes fuera de ella. No podía, por consecuencia, impedir la guerra.

La enseñanza de este experimento de la S. de N. es que las naciones unidas de Europa tienen que poseer un poder ejecutivo.

La unión de las naciones debe estar basada sobre el federalismo y sobre la libertad de los pueblos. El régimen totalitario no puede ser permitido ni tolerado por ninguna nación. Una autonomía completa debe ser garantizada a cada nación en lo que se refiere a la administración interior, a la vida técnica y cultural de los pueblos.

La colaboración económica y la libertad política, como también la autonomía regional, constituirán la base de la paz futura en Europa.

Se repite con frecuencia que esta guerra ideológica no se conduce contra los pueblos alemán e italiano sino contra el régimen nazista y fascista. Si esto es verdad, los pueblos democráticos deben vigilar cuando se organice la paz, de que no haya pueblos vencedores ni vencidos.

Durante la primera guerra mundial, socialistas de diferentes países ensayaron en Kienthal y en Zimmerwald preparar una paz socialista. Al fin de cuentas, la paz realizada en Versalles ha sido una paz tradicionalista, con pueblos vencedores y pueblos vencidos. Esto tuvo consecuencias nefastas. Hoy tenemos que evitar estos errores.

El programa de una liga de naciones de Europa, que se encuentra a continuación, es un ensayo de construcción de Europa por los pueblos mismos. Son los pueblos quienes deben vigilar para que sean realizadas la democracia y la libertad, en cuyo nombre se hace la guerra; para que la autonomía y la igualdad de los derechos sean respetados por los gobernantes.

El concepto de este programa es el resultado de conversaciones del autor mantenidas durante el invierno de 1941-42 con demócratas, socialistas radicales, sindicalistas y elementos libertarios de todas las naciones europeas, en la Francia ocupada y no ocupada.

Crecen las adhesiones a una unión federalista de todas las naciones de Europa. No cabe duda que será realizada esta idea al final de la guerra. La realización se hará juntamente con los gobernantes, colocándose éstos al lado de los pueblos; sin aquéllos, si se ponen al margen.

POR UNA LIGA DE NACIONES EUROPEAS

Al final de la guerra, los representantes de todos los países de Europa se reunirán en un Congreso Europeo a fin de crear una Liga de todas las naciones europeas.

En este Congreso europeo, todas las clases sociales, los productores y los consumidores, estarán representados.

El Congreso europeo instituirá un Comité Ejecutivo que será el representante de la Liga de las Naciones europeas.

La Liga realizará la colaboración de las fuerzas económicas, políticas y sociales de todos los pueblos, a fin de establecer la verdadera paz entre las naciones sobre la base de la libertad y del bienestar de cada nación y de la población que la componga.

Las reivindicaciones, que deberán ser realizadas inmediatamente después del fin de las hostilidades, y que representarán las aspiraciones más ardientes de todos los pueblo, son:

1. Libertad de palabra, de reunión y de asociación en todos los países de Europa.

2. Libertad de circulación en todos los países, adherentes a la Liga, sin necesidad ni obligación de pasaporte. Negociación con todos los países no-europeos para extender en el mundo entero esta libertad de circulación y desplazamiento.

3. Enseñanza obligatoria de dos idiomas en la enseñanza primaria, en todas las partes donde (en las regiones fronterizas) dos o más idiomas están en uso por la población.

En las regiones habitadas por poblaciones mezcladas que hablan dos o más idiomas, los tribunales y la magistratura deberán adaptarse a las exigencias legítimas en lo que concierne al uso de los idiomas.

4. En cada país de Europa comisiones internacionales de pedagogos, procederán a un examen escrupuloso de los libros de historia, utilizados en las instituciones de enseñanza, no importa de qué grado, a fin de eliminar todos los elementos susceptibles de incitar el odio entre las naciones y las razas.

Esta revisión tendrá por objeto trazar las bases de una enseñanza nueva de la historia, capaz de crear en el espíritu de las generaciones futuras un estado psicológico y moral de comprensión mutua entre los pueblos y que deberá ser una de las más sólidas garantías para una paz duradera.

5. La Liga de Naciones de Europa facultará a una comisión de expertos para que elaboren un Código Civil y una Legislación europea unificada, tomando como base las leyes más liberales, avanzadas y progresivas de cada país, con el fin de abolir las instituciones retrógradas que frecuentemente constituyen los obstáculos a la verdadera armonía entre los pueblos y de favorecer el progreso moral y social, y de esta forma, establecer la paz.

6. Las condiciones de paz, al terminar la presente guerra, no deberán ser dictadas por los vencedores para asegurarles la hegemonía política y económica sobre los vencidos; ellas deberán tener como única finalidad establecer las bases de una verdadera igualdad de derechos para todas las naciones y en todos los aspectos de la vida económica, política y social.

La idea suprema a la cual todos los intereses nacionales o particulares de grupo deberán ser subordinados y que deberá guiar las deliberaciones de un congreso de la paz, será:

a) Ningún desarme unilateral.

b) Ninguna nación será favorecida en el orden político, económico o social, en perjuicio de otra nación.

Los pueblos de todas las naciones y de todos los continentes reivindicarán el desarme completo y la abolición de las instituciones militares, sea cual fuere la forma que ellas tomen o la finalidad que persigan.

Si el estado moral y la expansión nacional de las fuerzas económicas, aun en vigor, impiden a la humanidad realizar la pacificación integral, la Liga de Naciones de Europa fijará, de acuerdo con las naciones de los otros continentes, el límite de armamentos y el contingente de fuerzas militares permitidos a cada nación.

Comisiones internacionales vigilarán la estricta aplicación de este contingente de hombres y de armamentos.

Estas fuerzas deberán estar dispuestas en forma tal, que ellas sirvan únicamente como instrumento de la Liga de Naciones de Europa contra toda veleidad de agresión, no debiendo servir en particular a ningún Estado, ni a ningún grupo económico, ni para ninguna facción política.

7. Considerando que la diferencia de los regímenes políticos entre las naciones y el sistema económico actual, son los factores más característicos que han provocado esta guerra, se impone un cambio radical.

En el orden político, alejándose de los regímenes de opresión, la evolución se orientará hacia un régimen que garantizará el máximo de libertad individual, dentro de los límites de una sociedad basada sobre los principios de la justicia.

En el orden económico, las organizaciones compuestas de todas las categorías de productores y de distribuidores, es decir, de trabajadores intelectuales y manuales, obreros y patronos, empleados y funcionarios, tomarán bajo una nueva base, en sus manos, la organización de la vida económica.

En esta reorganización, el paro forzoso será eliminado, las diversas industrias serán reorganizadas en las regiones ricas en materias primas, en fuerza hidráulica o eléctrica, teniendo en cuenta sólo las necesidades económicas, ante las cuales las viejas fronteras políticas habían puesto siempre obstáculos.

El nuevo régimen económico tendrá como finalidad suprema, no el provecho de los particulares, solos o agrupados, ni la defensa de los intereses de clases o de los trusts nacionales, sino que, por el contrario, buscará el bienestar del individuo y la prosperidad de todas las naciones.

Comisiones internacionales repartirán las materias primas equitativamente entre todas las naciones, según las necesidades económicas.

Estas comisiones controlarán los establecimientos industriales en cada país para impedir la fabricación ilícita de armamentos, de forma que este control comprenderá en primer lugar las que podríamos llamar industrias llave: las metalúrgicas, los bancos, el petróleo (toda clase de materia prima utilizada por las industrias de guerra), los ferrocarriles, los servicios públicos, etc., etc., y se extenderá además a toda actividad económica.

8. El orden de una nueva economía se extenderá igualmente a una reorganización de la agricultura en los países de Europa y al intercambio de los productos industriales y agrícolas en las relaciones internacionales. La organización del crédito agrícola, la profundización y extensión de las reformas agrarias, empezadas después de la primera guerra mundial (1914-1918) en algunos países esencialmente agrícolas, la penetración de la técnica moderna en la producción agrícola, la industrialización de la tierra, particularmente en los países atrasados y la adopción de nuevos procedimientos de trabajo, así como las modernas formas de trabajo en común, elevarán el nivel de vida de las poblaciones agrícolas y pondrán fin a la fuga hacia las ciudades y a la emigración de los obreros agrícolas de los países menos favorecidos, lo que provoca la co-existencia de naciones ricas y de naciones pobres, y un estado moral nefasto para el entendimiento cordial entre los pueblos.

9. Agrupando las fuerzas industriales que hoy están desparramadas y son rivales por el hecho de los pretendidos intereses nacionales; centralizando, si el interés económico lo exige, los intereses industriales, por encima de las fronteras políticas; abriendo los mercados internacionales a los productos de todos los países, para beneficio de todos los pueblos, las barreras aduaneras, verdaderas fronteras económicas, caerán por propia caducidad.

Se evitará en el orden nuevo, sin embargo, el sistema de libre cambio que, por la competencia ilimitada, no puede conducir más que a nuevas restricciones aduaneras con todos los inconvenientes conocidos.

10. El resultado de tales medidas será la elevación inmediata del standard de vida para las naciones atrasadas y una adaptación equitativa e igualitaria de las condiciones de vida en todos los pueblos. Estas medidas abrirán al mismo tiempo el camino para el establecimiento de una divisa europea, lo que será una reforma saludable en un mundo unido y pacificado.

11. Estas reformas en el orden político y económico, realizadas por los pueblos mismos, serían incompletas sin

RESPUESTAS PUBLICADAS EN LOS NUMEROS ANTERIORES: Dardo Cúneo, Diego Abad de Santillán, Dr. Angel Ossorio, Dr. Andrés Townsend Ezcurra, Ing. Jacobo Maguid, Dr. Jorge F. Nicolai, Dr. Josermo Murillo Vacareza, Dr. Saúl Taborda, Dr. Emilio Frugoni, Justino Cornejo, Dra. Paulina Luisi.

las indispensables reformas sociales. El problema de los salarios, deberá ser resuelto y solucionado por la reorganización de la vida económica. Convenciones internacionales serán las que decidirán todo lo concerniente a las cuestiones de las horas de trabajo, del mejoramiento de las condiciones de higiene y salubridad en los sitios de labor, los seguros sociales y las pensiones de vejez para los obreros de todas las categorías, con la finalidad de beneficiarlos por el progreso social, realizado en la actualidad en algunos países solamente.

12. Las naciones que posean colonias, deberán renunciar explícitamente a su dominación política y militar, sobre los pueblos sometidos.

Será la Liga de Naciones de Europa, en colaboración estrecha con los otros continentes, quien recibirá el mandato de ayudar a los pueblos indígenas a explotar las riquezas naturales de sus países respectivos, por medio de la técnica moderna, para hacer avanzar el progreso técnico, científico y social de la civilización moderna y para impedir, al mismo tiempo, nuevas guerras coloniales.

Los pueblos indígenas y las poblaciones de los países coloniales tienen el derecho de vivir a su modo, según sus costumbres, si tal es su deseo, y a disponer de instituciones libres y libremente consentidas por ellos mismos. Ellos observarán dentro de la vida interior de su país los mismos principios que están en la base de toda sociedad civilizada y mencionados en los apartados presentes; éllos encontrarán y disfrutarán de las ventajas que más les complacerán. Su administración política, la enseñanza de su juventud, el uso de su idioma, su legislación y jurisdicción, serán su propia obra que será, sin embargo, por un período de tiempo transitorio, realizado de acuerdo con la Liga de Naciones de Europa y de las potencias no-europeas qué posean colonias. Para este período transitorio, serán elaborados estatutos especiales por los pueblos indígenas de las colonias. Estos estatutos serán la obra común de los pueblos indígenas, de la Liga de Naciones de Europa y de los otros países.

La realización de esta obra grandiosa, expuesta en los puntos mencionados más arriba y que pueden ser modificados, dará satisfacción a las aspiraciones de los pueblos por una paz asegurada y una vida más feliz, en una Europa políticamente unificada, económicamente rejuvenecida y socialmente regenerada.

A G U S T I N   S O U C H Y

Rafael Larco Herrera

Destacado intelectual peruano. Codirector de la revista "Palabra Americana".

Tiene mucha razón Hombre de América cuando llama a este tema —"Paz y Reconstrucción Posbélica"— el de mayor trascendencia para la humanidad en los actuales momentos.

Pero conviene dar a la palabra "reconstrucción" todo el significado y el alcance que tiene.

Su mención hace pensar, seguidamente, en las demandas de carácter material que plantean las ciudades reducidas a escombros; los campos, ayer fértiles, abrasados ahora por las lluvias de fuego; y el pavoroso número de míseros que ambulan por las tierras de medio mundo, sin techo que los cubra ni pan que los sustente; en que no es imposible, por más que sea recia, la obra de reparar esos desastres; y en que cuando se emprenda, y nuevas urbes se yergan hacia el cielo sobre las ruinas de hoy, y todas las campiñas recobren su verdor en obsequio a la vida, retornarán, sin duda, a los espíritus golpeados por la guerra, la alegría y las esperanzas que hoy les faltan.

Mas no bastará eso para que sea posible dar por realizada la reconstrucción que ha menester el mundo.

Como no bastarán las actividades científicas y de orden cultural con que se ha de procurar desagraviar a la civilización herida por los bárbaros.

Porque con todo ello, la muchedumbre humana volverá a ser lo que era antes que aparecieran en su camino los feroces maníacos del fascio y de la swástica: civilizada a medias; susceptible de impulsos generosos a ratos; carne de sacrificio, provechoso o inútil, laudable o insensato. Y seguirá privada del discernimiento y la energía que le faltan para normar sus actos por las leyes del bien y arrollar a su paso a quienes la conminen a violarlas.

Y catástrofes iguales a la que hoy abaldona y ensangrienta a la tierra se repetirán indefinidamente: quizás hasta que luchen, como dijo un poeta, los dos últimos hombres habitantes del orbe.

La reconstrucción posbélica, que ha de seguir inmediatamente al advenimiento de la paz, tendrá que hacerse, para ser eficaz, en lo más noble del edificio humano. Es decir, en la conciencia misma de las masas, penumbrosa todavía porque nadie se preocupó hasta hoy de veras con el deber de hacer bastante luz en ella, e inclinada hacia las simas del absurdo y de la pasión, por obra de los menguados que la quieren así, para explotarla.

En frases más precisas: sólo la instrucción y la educación de las mayorías, orientadas según los bien entendidos intereses de la sociedad y de ellas mismas, podrán hacer y fortalecer el mundo nuevo, de paz y de justicia, con que, desde los más remotos tiempos, sueñan algunos hombres.

Bien sé que nada tienen de nuevo estos conceptos, pero hay que repetirlos como hay que repetir, infatigablemente, todo lo que es verdad y es generoso, para que al fin nadie los olvide y todos los cumplan.

Ningún desequilibrado, ni todos los desequilibrados del mundo podrán convertir a las colectividades humanas en instrumentos de sus fanatismos o ambiciones y hacerlas retroceder, como sucede ahora, a las edades primitivas, cuando la escuela, el hogar, la religión, el Estado, todas las fuerzas vivas que rodean al hombre actúen, de consuno, por hacerlo devoto de lo justo, consciente de su fuerza y creyente firmísimo en que no debe usarla sino siguiendo estrictamente los dictados de la razón y la moral, cualesquiera que sean los esfuerzos y sacrificios que ello le imponga.

Yo inscribiría, pues, como la principal característica de la reconstrucción posbélica, el esfuerzo por llevar la instrucción y educación populares, en la medida y forma necesarias, hasta los últimos rincones poblados del planeta; esfuerzo que estaría dirigido por una institución internacional, en permanente contacto con los organismos estatales o nacionales respectivos.

Paso ahora al cuestionario, del cual omitiré, ateniéndome a la facultad que Hombre de América concede para ello, los puntos cuyo estudio estimo inconducente entre los asuntos de urgencia.

Cuestiones de orden político:

¿Se podrán constituir grandes uniones regionales y continentales? — Nada se opone a la constitución de Confederaciones regionales o continentales, tratándose de países afines por principios, instituciones y tendencias, quienes seguirían manteniendo dentro del nuevo organismo los fueros de su libertad, soberanía y patrimonio. Nada se opone y mucho lo requiere, porque es preciso tener en consideración que esas confederaciones suprimirían los peligros que hoy corren las naciones pequeñas y, con ellos, las principales causas de trastornos y conflictos mundiales. En mi opinión, este aspecto de la reconstrucción posbélica interesa singularmente a América, y reclama el pensamiento y la acción de todas sus repúblicas. América dividida en numerosas naciones, débiles la mayor parte, y celosas y recelosas unas de otras, como han estado hasta ayer, será presa fácil, en cualquier momento, de los factores adversos a su libertad y a su destino. Y yo creo que ha sonado la hora solemne de unirla, política, social, económica y espiritualmente. De ello depende su porvenir y la suerte del mundo.

¿Es el federalismo el sistema más adecuado de relación entre los pueblos? — De los practicados, sí. Y lo que interesa ahora es su perfeccionamiento: su mejor adaptación a las conveniencias de los pueblos. Lo cual indicará al fin mejores rumbos. Porque en materia de sistemas políticos, como en otra cualquiera, nunca podrá decir el hombre: he llegado a la cumbre.

¿Cuáles son las fallas más notorias de los regímenes democráticos que habrá que superar? — Concretándonos a América latina en la consideración de este punto, creo que las más notorias fallas de esos regímenes consisten en que no han sido de gobierno *para el pueblo* y en que siguen tardando en producir hombres capaces, completamente capaces de ser o de ejercer ese gobierno. Ambas cosas se deben a la impreparación del elemento humano para la vida cívica, pues, por una parte, los conjuntos llamados ciudadanos se iniciaron en sus funciones sin darse cuenta de la trascendencia de sus actos; y, de otro lado, los hombres y los círculos llevados al poder, o subidos a él por propia audacia, carecían de fe en la rectitud de los procederes y en la fuerza del buen ejemplo, y apelaron ya al ardid, ya a la fuerza, para hacer el papel de directores de la cosa pública. De allí el atraso moral y material de nuestras democracias y de los pueblos que las forman, que es hora de cambiar en franca marcha por sendas de progreso.

¿Cómo impedir que las naciones de mayores recursos o más industrializadas avasallen a los pueblos más pobremente dotados? — Las naciones grandes y fuertes, por mucho que lo sean, cuando están formadas por pueblos sabiamente educados, no sienten la necesidad de la agresión a las más débiles. Sólo en los pueblos enfermos de egoísmo y barbarie cabe el instinto del atropello y del abuso; y para contenerlos eficazmente, en los casos de nuevas recaídas, se está contemplando ya la formación de una fuerza de policía internacional.

¿Qué contribución puede aportar América a la paz y a la reconstrucción mundial? — La América, tierra de incomparables tradiciones y de realidades maravillosas, ofrece al mundo, al mismo tiempo que los raudales de sangre que hijos suyos derraman en los campos del Viejo Mundo, los gigantescos recursos de su suelo y el ejemplo vívido de su acendrada devoción por la armonía y por la paz. Sus veintiún pueblos, que supieron de las gloriosas lides libertarias, son ahora, en este ciclo de tragedia y de caos, realidad y esperanza que confortan y ufanan: alma de lucha y de ideal.

Mañana, ya en la aurora que seguirá a la noche convulsionada de odios, han de volverse las miradas del mundo hacia este continente. Y será desde América desde donde se extiendan las corrientes inagotables de la nueva vida y el eco de los himnos más enérgicos a la libertad y al progreso.

América ha ganado, por su fidelidad a las instituciones democráticas — sin las cuales no hay libertad posible; por su respeto al derecho y por su afán de alcanzar para todos los pueblos de la tierra un porvenir mejor, un puesto de preferencia en la dirección de la política mundial; y desde allí, fuerte y grande para el bien, por la unión indisoluble de todos sus pueblos, aportará, sin duda, sus mayores tributos a la causa de la civilización y al cumplimiento de la misión humana.

¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando así la repetición de la paz posterior a la pasada guerra? — Los medios más adecuados son las libertades públicas, y de su conservación depende el bienestar de las naciones y desde luego, el buen rumbo del mundo. La libertad de la prensa, sobre todo, es esencial para que la voz del pueblo sea oída y tomada en consideración en el debate de los asuntos públicos. El totalitarismo ha suprimido esa libertad, como todos los fueros, y las perrogativas populares, en su funesto empeño de esclavizar el mundo a sus torpezas. Y antes de él y con él la falsa democracia se ha rodeado de esbirros y de profesionales de la mentira y la venalidad para oponer la cárcel a la idea y los rifles a las palabras.

Pues bien; hay que destruir todo ese oprobio, definitivamente para que la paz justa, verdadera y sentida alumbre nuestro mundo. Hay que dar a cada hombre la sensación y la conciencia de que vive y actúa como tal, para que cada día se haga más digno y fuerte, y más capaz de contribuir, con su inteligencia, cultura e inquebrantable energía espiritual, al mejoramiento integral de la vida humana.

Y hay que dar al conjunto, vale decir, al pueblo, mediante el ejercicio de las libertades que forman su mejor patrimonio y el cumplimiento de los deberes a ellas anexos la certeza de que es realmente el dueño de sus propios destinos, no el juguete de unos cuantos perversos o dementes; de que posee de veras los medios de dirigir, según las leyes, los asuntos de la república, en bien de sí mismo y de la humanidad; de que existe la democracia.

La ley fundamental de la confederación panamericana ha de servir, sin duda, eficazmente, a tan grandes propósitos; realizando así el sueño del genial libertador Simón Bolívar.

Hacienda Chiclín, julio de 1943.

R A F A E L   L A R C O   H E R R E R A

CURU LEUFU — El río que fluye siempre — Por LUIS ORSETTI

CURU LEUFU —El río que fluye siempre— denomina Luis Orsetti a este libro que tengo entre las manos y que acaba de dar a estampa, pulcramente impreso, la Editorial Américalee.

Luis Orsetti es hombre influído por el paisaje, y de su vivencia de soledades en regiones donde el paisaje domina al hombre, nos trae este libro hermoso y de hondo contenido. Porque este libro, reflejo de impresiones recibidas, tiene un profundo significado.

Orsetti vivió en el sur, en tierras donde se junta el río Negro con el Salado. Allá, el paisaje árido, duro, salvaje se enfrenta decidido con el hombre. Su imponente grandeza, su brutal virginidad prodiga al hombre soledades. En la soledad el hombre libra sus batallas. En soledad triunfa o es vencido. Sin estridencias chillonas, sin evasiones posibles, sin cordiales ayudas el hombre, solo, debe librar su enconada pelea. Porque el hombre de la región no cuenta. Hondos abismos lo separan del otro, del que viene a luchar, a cumplir con su signo. Por otra parte lo regular es encontrar el grupo nómade, sin arraigo, semisalvaje, embrutecido por una existencia miserable sin horizontes ni posibilidades auspiciosas.

Luis Orsetti, con prosa limpia y directa, por momentos de logrado tono lírico, plasma el paisaje. Nítido, vivo, lo entrega a la imaginación del lector. Si va hasta el arroyo, nos habla del arroyo, lo describe y, en seguida, nos dice lo que piensa frente a él. Entrega el momento justo del encuentro, la reflexión habida, el paralelo trazado. Humaniza el paisaje con propicio lenguaje, y así, humanizado, nos lo brinda amigo, lo vivimos con él. Doble entrega ésta que le agradecemos por la sinceridad expresada, por el corazón abierto que se da sin tapujos ni hipocresías y es puro sentimiento. Noble función ésta del escritor, sintetizada por Orsetti: "El arte por el arte —nos dice—, es otra de las consignas ya vulgarizadas por círculos y cenáculos, olvidando que su función es mucho más profunda que la de servir de desahogo a meras elucubraciones, o de pretexto para el empleo elegante del ocio. El arte no es jugueteo de las formas o colores, sino sondeo del sentido". Y Orsetti cumple con lo que propugna, y que yo, personalmente, comparto y aplaudo.

Luis Orsetti tiene un destino magnífico en el campo de la literatura de nuestro país. Lo digo sinceramente. Es más: siento la necesidad de decirlo. Y en estas acotaciones en torno a su libro "CURU LEUFU", creo que es un deber mío el consignarlo. A un escritor que trae la nobleza, la sinceridad de Luis Orsetti, hay que retribuirle en su mismo lenguaje.

Este libro, comienzo de Orsetti, es un esfuerzo, maduro, logrado. En él se realiza la honda y sentida vocación del escritor, de un escritor que si su destino lo lleva al relato, cuento o novela, tendremos en nuestro país una voz que podremos equiparar a las de más prestigio de la literatura americana.

E R N E S T O   C A S T A N Y

MARUJA MALLO
Editorial Losada, Bs. Aires

Con un prólogo de Ramón Gómez de la Serna, en una edición cuidada con esmero, aparece este interesante libro que nos muestra la labor y el pensamiento de una destacada pintora española cuya labor ha sido discutida y comentada profusamente.

A través de los párrafos de Gómez de la Serna se vive su vida y se conocen sus inquietudes, desde esos 18 años vibrantes hasta estos más serenos de América. Su obra desfila en las magníficas fotografías que ilustran el libro y de las numerosas láminas en color, que dan una cuenta bastante cabal de las búsquedas de Maruja Mallo en los nuevos campos plásticos.

El corazón del libro lo forman dos charlas que la pintora ha dado sobre su posición en el arte y sobre su intento en la plástica de este momento. Espíritu lleno de inquietud, curiosidad, renovado constantemente, multiforme, sabe encontrar nuevos puntos de vista o expresar con novedad viejos conceptos.

En su obra es Maruja Mallo una artista desconcertante, que de pronto nos da el mundo real de las verbenas españolas como se hunde en la fantasmagoría de un mundo real-irreal de espantapájaros y espantapeces. A veces es simple y trágica, otras complicada y sugerente, pero nunca olvida que los elementos vitales de la pintura son sus leyes armónicas y eternas. Así nos muestra en numerosos estudios la inquietante maraña matemática en que afirma el arabesco de su línea y de las masas de su composición.

Segundo libro de Maruja Mallo.

El libro escrito en castellano y en inglés nos muestra cabalmente las inquietudes de una artista de nuestro tiempo que no trepida en encontrar la belleza en las más humildes e insospechadas cosas. Su valor será permanente ya que en Maruja Mallo hay una inquietud bien de nuestro tiempo a la vez que un hondo y honrado bucear en los eternos problemas del arte.

PEDRO OLMOS

Nuestra biblioteca se ha enriquecido con un valioso envío del señor Rafael Larco Herrera, del Perú, cuya nónima damos a continuación y que agradecemos muchísimo:

Palabra Americana (cuadernos) 1, 2, 3.

Voces de América (Poemas), C. A. Fonseca.

El Perú en Marcha. Ensayo de Geografía Económica. (Public. por el Banco Italiano, Lima).

Cultura Peruana (Revista), 1942.

Anecdotario de los Libertadores. — C. C. Calderón.

Libro de Oro del IV Aniversario de Arequipa, Revista de la Escuela N. de Artes y Oficios N° 23 y 27.

Los Mochicas. — Rafael Larco Hoyle, tomo 1 y 2.

Los Cupisniques. — Rafael Larco Hoyle.

Visiones de la Escuela N. de Bellas artes. — Rafael Larco Hoyle.

Exposición de Cuadros y Objetos de Arte Virreinal. (IV Centenario de Pizarro y del Amazonas).

Por la Felicidad de sus Hijas. — Irene Silva de Santolalla.

La Prensa, factor de Paz y Civilización. — Rafael Larco Herrera.

"La Crónica". Edición extraordinaria, 16|1|942, 4 folletos, autores varios.

COORDINACION ECONOMICA EN AMERICA

Por JUAN LAZARTE

América posee riquezas inmensas en materias primas de todas las calidades y para todas las necesidades. Este problema, al parecer el más imperativo, está prácticamente resuelto. Ni para la vida ni para la industria de sus 280 millones de habitantes se carece de materias indispensables. La cuestión es cómo organizar estas inmensas riquezas, y no puede haber otro camino que la organización del trabajo.

Hace unos tres años, los economistas norteamericanos presentaron el proyecto de crear el "Consejo Internacional Económico", para contralor de las materias primas, principalmente de las dos Américas. La idea es buena desde un punto de vista económico, pero si los banqueros pueden crear una institución integradora de todas las economías de las naciones, con mayor razón ha de aceptarse que este Consejo federal o interamericano de la economía se forme con los representantes de los productores, técnicos, consumidores y trabajadores de todas las clases, pues son los directamente más interesados y constituyen la base de la productividad.

Este Consejo Interamericano de la Economía habría de formarse con los representantes de cada una de las economías o grupos económicos, de las naciones existentes en la actualidad. Y aquí viene lo importante: ¿Cómo se integraría el Consejo Nacional de la Economía en un país, pongamos por caso el nuestro? No existiría otro camino que recurrir a los productores, a los técnicos. Serían los hombres de cada industria organizada quienes designarían un representante para ese Consejo Nacional de la Economía. Podría haber en nuestro país diez o doce grandes sindicatos industriales o gremios, como ser el de la Construcción, que reuniría en su seno a todos los trabajadores de ese ramo, el sindicato del transporte, que reuniría a todos los trabajadores y técnicos del transporte, como ser: ferroviarios, automotor, navieros y marítimos, etc.; el sindicato de la industria textil; de la carne; agrarios; sanidad, etc.

Y estos grandes gremios y sindicatos industriales se formarían de la manera más democrática. Cada fábrica, lugar o localidad de trabajo, eligiría su consejo de fábrica, el cual se ocuparía de todas las necesidades de materias y producción de tal sector de la economía, transmitiendo sus estadísticas y puntos de vista al Consejo Nacional de la Economía, el cual, asesorado por sus técnicos economistas, etc., expondría sus cuestiones y elegiría sus representantes para el Consejo de la Economía Continental.

No se olvidarían ni las cooperativas y comunas, tan importantes estas últimas para la vida; en su faz económica se integrarían en la gran organización.

Esto implicaría naturalmente una racionalización, verdadera organización por primera vez de la economía en la cual se estudiaría la producción y el consumo, las condiciones de trabajo y el bienestar de los obreros, de todos los trabajadores de cualquier labor, la regulación de la calidad de los productos y sus principales características para el intercambio.

Esta organización no tendría por finalidad solamente el nacionalismo económico sino todo un continente, para empalmarse finalmente con la economía de los otros sectores mundiales, por cuanto está perfectamente demostrada la interdependencia económica del mundo, desapareciendo todo aspecto o ensayo de dominio económico y distribuyendo ampliamente la riqueza.

Parece que existe un acuerdo general sobre la eficiencia de tales organizaciones; el desacuerdo empieza cuando los partidarios de la democracia política quieren que tales cosas sean de exclusividad de los propietarios o capitalistas. Pero la tendencia moderna aspira a no darle entrada al capitalismo como tal (como productores no habrá restricciones).

En este mismo orden económico de la unidad se presentan serias dificultades provenientes de la vieja organización de la sociedad. Si la unión económica se realizara directamente, iba a resultar una catástrofe o una institución en beneficio de los poderosos y de las minorías plutocráticas. Hay que cambiar, pues, ciertos conceptos fundamentales en la economía. Hoy la producción se hace para la venta y tal sistema no tiene otra dirección que un aumento de la miseria, desocupación en las clases pobres, aumento de ganancias de la clase rica; es decir, aumenta la separación de los hombres y el divorcio de las generaciones, alentando cada día más la guerra o lucha social, hasta parar en una fuerte dictadura que pueda proteger el capitalismo. Si se quiere trabajar por un mundo nuevo y por una verdadera unidad de los pueblos americanos, hay que liquidar tal sistema y orientar la economía en el sentido de las necesidades humanas. La producción no está sólo hecha para la ganancia, sino para llenar las necesidades humanas del pueblo en general y los individuos en particular.

No se puede partir económicamente, para planear una producción, de la situación actual de las masas, en su capacidad de adquisición. El standard de vida es completamente bajo como para que sea justo conservarlo así, y es más bajo si pensamos en la capacidad de consumo que debe implicar una gran industria.

Estamos estructurados sólo para la compra; la mercadería se produce con las finalidades del mercado. Hay que cambiar este aspecto y entonces las mercaderías se producirán para el consumo. Con ello se amplía extensamente el mercado, sobre todo en pueblos de un bajo standard de vida, como los indoamericanos.

No pueden entrar estos países en una simple unión o tratado económico diplomático como los verificados actualmente, sino que ha de entrarse en una amplia reconstrucción continental de grandes proporciones. De otra manera los problemas económicos no se resolverán nunca. Si se hiciera una unión de industriales, capitalistas, financistas, resultaría una economía favorable a la plutocracia, dispuesta a aplastar más a los pueblos con sus grandes negocios y extraordinarias ganancias. Los gobiernos se podrían unir para ello; los hombres de América, no.

La unión exterior, pero siempre interior en la futura complejidad continental, esta orientada en la solución aproximada de los hondos problemas de la producción capitalista, imposible de ser heredados por la producción socialista.

Los Estados Unidos de Norte América tienen un aparato productor enorme, que solamente en épocas normales trabaja a un ritmo acelerado y total. El solo puede abastecer a más de 400 millones de hombres, teniendo materias primas suficientes. Si calculamos las posibilidades de los próximos inventos y la existencia de los ya conocidos pero aun no aplicados, se puede imaginar cuáles serán los milagros de la técnica, el ahorro de las fuerzas humanas y la desocupación consiguiente en los ramos de la industria y agricultura.

Súmese a tales aspectos la existencia de un aparato productor industrial en los demás países americanos; en primer término Brasil, la Argentina, México, Chile, y se verá que el mercado americano si no es estrecho será rápidamente sobrepasado por una industria de tal magnitud. Y esto no podrá salvarse con la consiguiente fórmula de exportación hacia otras partes del mundo, pues la industrialización del mundo es un hecho conocido, en la India como en la China, Japón, etc.; precisamente este terrible aumento productivo no encuentra mercados y crea las formas imperialistas de dominio; nada más que el engrandecimiento o extensión del nacionalismo local hacia otros territorios.

Si la economía entrara en la estructura continental y en la ampliación del mercado por la extensión de la producción hacia las necesidades, muchos de los inconvenientes de la desocupación serán salvados y luego el planeamiento y la limitación podrán hacer fácilmente lo demás.

Naturalmente, esta unidad económica requeriría la existencia de una sola moneda o de varias ajustadas a los intercambios y estabilizada, pero sin posibilidades para la acumulación individual.

Hace unos cuantos años los americanos del norte propusieron la creación de un banco de ajustes para la economía interamericana y esta medida debiera transformarse en la creación de un banco para la economía coordinada de América; por supuesto, de capitales socializados.

Haya de la Torre, que ha tratado este asunto en "La Defensa Continental", habla de la unión de dos grandes grupos económicos, el del Norte y el de los 20 Estados indoamericanos. Pero es probablemente complicar el problema natural de una sola federación. Siempre son más arriesgados dos procesos, en el primero de los cuales habría quizá más dificultades que en una sola coordinación total.

FORMACION DE UNIDADES ECONOMICAS COMPLETAS.

La coordinación de toda la economía americana es la directiva general. No ha de abandonarse nunca en la dirección ni en su labor práctica. Los gobiernos y sus representantes no la seguirán. Serán los pueblos integrados por trabajadores, estudiantes, intelectuales, técnicos, quienes trabajen en todas las direcciones posibles. Una de ellas es la formación de núcleos económicos que podríamos llamar llanamente unidades económicas de América, teniendo siempre en cuenta el sentido final unitario ya enunciado.

La naturaleza dió a ciertas regiones aspectos y características complementarias que se exteriorizan, entre otras cosas, en la producción; a esto llamaríamos economías complementarias. El ingeniero Bunge habló de "la Unión Aduanera del Sur" y los chilenos E. Yañez y Subercasaux de "La Unión Económica", pero ello no es posible sino sólo sobre la base fundamental de una nueva economía y no la capitalista, por supuesto.

Por la superficie, población (más de 72 millones) y producción de todas clases, se puede formar un block económico de primera magnitud entre Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Uruguay y Bolivia. Es impresionante el cuadro de la producción de este grupo, lo mismo trátese del maíz, carbón, petróleo, energía eléctrica o ganadería.

Mas lo importante es comprobar cómo estos sectores de la economía continental se complementan, pues mientras el altiplano boliviano es riquísimo en minerales, carbón, petróleo, hierro, estaño, plata, oro, etc., y la larga costa montañosa chilena, produce cobre, carbón, hierro, guano, etc., materias que hacen falta a la Argentina, Uruguay, Paraguay y parte del Brasil; estos países tienen trigo, maíz, azúcar, ganados, cueros, fibras de todas clases, frutas variadas y tan necesarias para la alimentación de las grandes masas de los países montañosos y mineros, en general desnutridas y paupérrimas.

Para unos existen economías equivalentes, para otros complementarias; pero lo conocido y probado es que por las riquezas económicas, naturales e industriales no es posible la existencia de la miseria y del hambre, mala alimentación de grandes masas de este continente, incluyendo nuestro subalimentado mundo norteño.

Estas unidades o equivalencias económicas sólo advierten al estudioso la falacia de las autarquías nacionales, la natural interdependencia y las necesidades ineludibles, para bien de todos, de constituir un Consejo Continental de la Economía, en el cual entren México, Estados Unidos, Canadá junto a las 20 repúblicas restantes.

LABRADOR

Ayer te vi inclinado sobre el surco.
La luz del sol brillaba
jugando mil reflejos en tu arado.
Estabas confundido con el barro,
las manos y la cara color tierra,
sólo los ojos claros . . .

La llanura se hundía allá en lo bajo
amarilla y reseca.
El viento le llevaba tu mensaje
de miseria y de muerte.

¿Cómo será el amanecer del día
en que tus manos se alcen vengativas
hastiadas de amasar la tierra parda;
el día en que los dedos
como garfios se adhieran a tus carnes,
y los odios florezcan en tus hoces
como lenguas de espanto?

Ayer te vi inclinado sobre el surco.
Yo llevaba mis libros bajo el brazo.

CRISTINA MIRA

Música del más allá... y otros cuentos

Impecablemente presentado, apareció este libro de cuentos cuyo autor es el señor Alberto F. Urrutia. Aborda una serie de problemas, tanto de orden social como psicológico, los que desde las primeras páginas hacen granjear las simpatías del lector. Estilo llano, flúido, a la vez que galano, no dudamos que ha de satisfacer al público de gusto refinado.

Es que el género literario cuentista no es tan fácil de cultivar; se requiere para ello condiciones natas: esa predisposición que, generalmente, resalta en el escritor en los primeros intentos. Para que los cuentos pudieran tener esa sabia característica, impregnada de los colores y rasgos necesarios, el autor debe estar dotado de mucho espíritu de observación, a la vez que de imaginación fecunda.

Desde este punto de vista, el autor ha logrado ampliamente su objetivo. El hombre que no ha tenido infancia, como el pordiosero agobiado por su irrefrenable avaricia, expresan, como cuentos, dos aspectos de la vida humana; ella sintetiza dos pobrezas: la una, la del mendigo expuesto a toda suerte de sufrimientos con el exclusivo fin de acumular más y más dinero, mientras que la otra refleja cómo al niño, ya hombre, se le robaron las necesidades primordiales, muy propias a su edad: el juego. Por eso, siendo hombre, procura jugar a hurtadillas como si aun fuera un niño.

Hacemos sobresalir esos dos cuentos, sin desmerecer los demás, todos ellos perfectamente logrados. A través, pues, de las páginas de este libro, trasuntan las auténticas manifestaciones de la vida colectiva, de esa vida tan fragmentaria, pero unida en sus finalidades. De ahí que "Música del más allá... y otros cuentos" ha de tener una aceptación promisoria en el público que sabe escoger la buena lectura.

La impresión ha sido realizada por el diario "La Capital" de Rosario.

T. L. B.

A PROPOSITO DE LA *Antología de Mayakovsky*

A través de los elementos de juicios que nos ofrece la "Antología de Mayakovsky" (1) —una muestra muy reducida de su copiosa obra— y presentada por Lila Guerrero, se nos revela él, no como poeta original ni tampoco como teórico de la nueva poesía, sino ante todo, como un ardiente colaborador del magno esfuerzo soviético.

Debido a su tono propagandístico, muchos de sus poemas quizá no sean leídos mañana, a pesar del entusiasmo de quienes pretenden identificar a Mayakovsky con todo un movimiento social complejísimo, y atribuirle valores eternos. Lo realmente admirable en él, y que perdurará como un ejemplo, es su identificación con la causa del pueblo y su comprensión de la función del artista en ciertos **momentos de la historia.**

Tocóle actuar en uno de esos períodos en que la humanidad parece vivir siglos enteros en breves instantes y que el ritmo de la vida se acelera hasta hacerse febril. Fueron aquellos los días que conmovieron al mundo, los días de la revolución rusa. Igual que una corriente que ha roto su viejo cauce, relleno de las arenas y piedras que lo han cegado, el pueblo desbordóse y, a su paso, todo fué arrasado. Ninguna fuerza humana pudo detenerlo, ni mano alguna de hombre alcanzó a torcer su curso.

Bueno y malo cedió ante él, y las ideas que lo habían alentado y movido, esas mismas ideas fueron, durante un tiempo, inhábiles e impotentes para contenerlo, pues todo quedó revuelto en la tremenda convulsión, y las aguas turbias tardaron mucho en aquietarse y hacerse lo suficientemente serenas para ser guiadas.

Como una fiebre, se apoderó del hombre el espíritu de renovación y esa fuerza absorbente devoró a todas las demás. El impulso de creación se hizo despótico; no toleró desvíos ni flaquezas, ya que la tarea a realizarse era de una magnitud enorme. Se trataba de organizar un nuevo mundo, de elevar un edificio armonioso sobre los restos deformes; se trataba de enaltecer al hombre y libertarlo, dándole dignidad y conciencia. ¿Qué otro objetivo podía ser más grande que éste? ¿Cómo no habían de palidecer las demás cosas, por grandes que parezcan, ante esta tarea casi inhumana?

No es de asombrarse que se le supeditara todo: las ciencias, las artes, los hombres. Así, Mayakovsky, que sintió el llamado de la hora, que comprendió su sentido solemne, sin vacilar supeditó su personalidad, su genio, su vida, a un destino superior al suyo mismo: el destino del pueblo, que es el destino de la humanidad.

He aquí la grandeza de Mayakovsky: el sacrificio de su arte y de su talento a una causa que estaba por encima de toda vana búsqueda especulativa, de toda creación individual de tono intimista. El no buscó nuevos estilos ni imágenes nuevas, ni temas desusados, por el mero placer de hacerlo. Trató de hablar al pueblo, quien no siempre lo entendió, en su lengua, en su ritmo, en sus ideas y necesidades.

Apagó su genio para que no deslumbrara demasiado a los de esa clase a la que se entregaba. Hasta se hizo chato y vulgar. Esgrimió la poética como un instrumento de propaganda, y, quien hubiera sido cantor de todos los tiempos, se convirtió en el vocero de una época de transición.

Así como suscribió en 1912, juntos con otros iguales a él, un arrogante y engolado manifiesto que pretendía romper con todo el pasado, del mismo modo, después del cambio de régimen, lleno de petulancia juvenil, reprochó a los otros el escaso celo revolucionario. Se erizó de espinos, atacando agresivo a todos cuantos no estaban a su lado o no comulgaban con su modo de sentir el arte. Se volvió contra su protector de ayer, Gorki, en un amargo y duro reproche echándole en cara su alejamiento de la lucha. Increpó a otro poeta, Esenin, su debilidad y defección, y aquella su flaqueza que lo incapacitaba para adaptarse a las nuevas condiciones y que terminó por llevarlo al suicidio. Se sintió disgustado por las poses de esteta del bardo y por su camisa campesina bordada, mas él, a su vez, se proletarizó y afeó deliberadamente y se cortó el cabello a lo soldado. Luchó por la libertad de su clase, es verdad, pero, para ello se hizo extrañamente tiránico e intolerante.

Hasta que un día el cansancio se apoderó de él y volvió a los poetas que rechazó, y se lamentó, en un canto adolorido, del exceso de suspicacia que atormentaba a los escritores y los hacía zaherirse mutuamente y el hombre pujante que sacudía a las multitudes con sus consignas-poemas, con sus sátiras hirientes, con sus cartelones inflamados, aquel hombre cuya voz resonaba de un extremo a otro de la sexta parte del mundo y hallaba eco afuera, se volvió a sí mismo, incomprensiblemente, y en arranque de honda desolación, un día puso fin a esa vida que no había tocado la madurez.

Mayakovsky es como el símbolo de una hora trágica para el arte, que se vió obligado a abandonar su torre y tomar partido. Y si él y los suyos, en su exceso de celo cayeron en el fanatismo, y si, arrastrados por el entusiasmo, cometieron errores, no debemos olvidar que la magnitud de la obra emprendida, quizá exigía, para ser realizada, una fe ciega y un entusiasmo exaltado.

Tal vez su creación haya perdido categoría, desde el punto de vista de la poesía pura, pero, aun reconociendo la justicia de esta afirmación, observemos que, por encima de las pequeñas cuestiones literarias de círculos, cenáculos y escuelas, la mejor poesía es aquella que alcanza a producir una mejora en la condición del hombre, y, en este sentido, la obra soviética tiene mucho de legítima poesía. Editó Claridad en 1943.

(1) Nos parece más correcto Mayakovsky (en lugar de Maiakovski como escribe Lila Guerrero) pronunciándose la "y" como la pronuncian los españoles, o sea una "y consonantizada" y al final como "y" breve. Del mismo modo el nombre del poeta Esenin, deberíase escribir Yesiénin.

LUIS ORSETTI

VIVIR A TIEMPO

Evocad por un instante a Peer Gynt. Con conciencia de "tempo" americano pensad en aquel personaje de Ibsen —"pródigo de sí mismo"— que agotada la savia de su vida, diluídas las oportunidades para **ser** y crear, vuelve camino de su aldea añorando las palabras que ayer no pronunciara, la canción que no entonase o las lágrimas que con avaricia de dolor había postergado. Analizad ese símbolo, adquirid de súbito, y por contraste, el sentido supremo del tiempo. Vinculadlo a vuestra existencia individual y a vuestra responsabilidad de americanos. Fácilmente alcanzaréis a definir la importancia básica del tiempo, en esta hora sin reposo y sin medida.

¿Aludo aquí al concepto temporal, inaprehensible y absoluto, de los metafísicos? ¿O me refiero a ese instinto militar del tiempo que ciertos episodios de la guerra agudizaran?... Ni el uno ni el otro. Hay un tiempo más allá de lo metafísico, más allá de la urgencia bélica; tiempo al que no corresponde, sin embargo, el plus ultra **nietszcheano** del Bien y del Mal pues que gravita dentro del Bien y del Mal; tiempo afectivo y profundo que en etapas de tensión de la mente, de crisis de las vocaciones levántase en nuestra ruta como aguijón que estimula, como destino que nos espera, como imperativo total que nos exige. Ese tiempo único, culminante, que sentimos ya en el hueco de la mano, ya en los tremedales del espíritu, forja la arcilla y las razones de ciertos actos trascendentes. Y quienes lo intuyen desde el fondo del sacrificio, aprenden a decir como norma y término de la lucha: Hay una filosofía superior a todas las filosofías: saber vivir a tiempo; hay un dolor superior a todos los dolores: no haber vivido a tiempo. He ahí, en pocas palabras —reverso simbólico de Peer Gynt— un breviario de la conducta que así los hombres como las naciones de América debiesen adoptar en su áspero camino de integración.

Vivir a tiempo. ¡Qué difícil y qué necesario!... Si analizáramos las causas últimas de todo fracaso individual o colectivo, en gobernantes o en gobernados, en tal inventario quimérico habría que incluir con preferencia "el no haber vivido a tiempo". Hora fermental del planeta, hay en ella minutos precisos, fundamentales, que llegan, y al punto se esfuman. Forzoso es aprehenderlos simultáneamente a su advenimiento. Mas los cómodos e irresponsables que por nada ni por nadie turban la quietud de silenciario de sus sillas curules; los que olvidan que el mundo, y los hombres, y la vida son un perpetuo devenir, un empecinado transformarse: Proteo cambiando su forma a cada instante, creen que cuánto se brinda ahora en plenitud ha de repetirse mañana con la precisión matemática de un **film.** ¡Pobre América si cada pueblo que la integra, si cada político que la orienta, tal que el personaje de Ibsen, dejaran para un mañana inasible lo que es menester forjar hoy o no forjarlo nunca!...

El **vivir a tiempo** constituye a la vez una filosofía de la acción y una filosofía de la conducta; y entrambas palpita un arte finísimo de la ubicuidad. Conducta, acción, ubicuidad: árido programa para los dirigentes o conglomerados humanos de vacilante conducta, de acción indecisa, de oscura ubicuidad...

Aquel instinto del tiempo debe ser para nuestra América convulsa, **irrealizad**a una **prima** y **ultima ratio** de integración. De ahí el profundo alcance que posee la imagen de un poeta uruguayo, cuando compara la Atlántida a "un gigantesco reloj de arena gigante y errabundo": capricho geográfico que asocia su símbolo al destino temporal del hemisferio. Esa noción debería estamparse, como con hierros candentes, sobre los pechos continentales en que aún no alienta aquel imperativo del **Hoy** impostergable y tremendo. Los gobernantes o doctrinarios que desesperan buscando el andamiaje ideal de su filosofía en hechos remotos, en hombres apagados, recuerdan a algunas religiones exóticas y petrificadas que un pensador hispano, agudamente, ha asimilado a la idea de ciertos moluscos testáceos; entes extraños, mitad vida y mitad fósil.

La nueva estructura del mundo —que señalará, no lo dudamos, la de América—, exigirá suprema plenitud de todos los órdenes; lo mediatizado, lo inasimilable por el módulo naciente, será rémora para la creación y la fe. Por eso, si dentro de América o fuera de ella subsistiesen bajo cualquier forma visible o invisible alguno de aquellos "moluscos testáceos" —el coloniaje político-económico del Sur nos parece un ejemplar perfecto—, habráse perdido de raíz, en hondura, la exigencia de este momento histórico. Y los críticos de ese fracaso afirmarán con relación a su causalidad que "no supimos vivir a tiempo".

Estoy convencido de que nuestros pueblos no permitirán que fugue esta hora de sus manos como voluta de humo, esquiva y caprichosa. El Sur, al que pertenecemos, no posee sin duda instrumentos materiales para plasmar el gigantesco edificio; mas ¿quién niega que somos dueños del soplo vivificante, de la profundidad telúrica, de la aptitud creadora sin todo lo cual la desmensurada utilería fuera un mundo impotente y sin formas?... Unamos entonces al sentido del tiempo, la conciencia justa de nuestras fuerzas. Y sepamos que con sacrificios **totales** posible será integrarnos, ubicarnos; así en última instancia, dejásemos de ser lo que Alberdi definía con amargura profética: "Pueblos pobres en suelo rico".

Vivir a tiempo sea nuestra lumbre. Del rimero de mis lecturas evoco ahora, para terminar, un ejemplo que de suyo expresa el sentido del tiempo que tanto nos conturba. Es el ejemplo dramático de un adolescente proletario, en cuya alma luchaban el dolor de su miseria temprana y la sugerencia abrasadora de una alta vocación artística. El artista potencial era ahogado día a día por el martirio implacable de la miseria económica. Su vocación, naturalmente inclinada a trazar un deseado camino de su alma, debía aportar los impulsos y la fuerza para aclarar el no deseado camino de la inseguridad, de las privaciones, de la dolorosa lucha por el pan cuotidiano. Hasta que una noche, nuestro joven artista creyó encontrar solución a esa pugna entre la exigencia de afuera y la exigencia de adentro: dejaría la vocación de su espíritu adormecida; y toda su juventud, toda su fé, se entregarían al afán de ganar dinero, monstruo que salva y corrompe; luego, con la tranquilidad que imaginaba daría la riqueza, retornaría a su pequeño mundo dormido, para despertarlo, e infundirle la vida auténtica que su miseria le robaba.

Millones y millones coronaron su esfuerzo de titán. Veinte años de lucha diéronle inmensa fortuna. Durante cuatro lustros no fué más que una máquina de procrear oro: ni libros, ni pensamientos superiores, ni cuidados solícitos del espíritu. Por último, en nueva prueba de su voluntad libróse del minotauro de la ambición; despojó su vida del **auri sacra fames,** preparando su ánimo para ordenar el regreso del dormido artista. Fabulosa colección de cuadros renacentistas lo aguardaba. Pondría ante sus ojos todo el arte pretérito y actual del universo. Viajes sin fin, conocimiento de todas las altas inquietudes humanas, serían facilitados por el dinero. Creía el ingenuo que, al modo de nuevo Lázaro, su artista juvenil reiniciaría la marcha con un soberbio "Levántate y anda!...".

Mas... ¡cuánto horror!... Las pupilas de aquel hombre que antaño, en la contemplación extasiada del genio, se llenaban de lágrimas o de asombro deleitable, miraban ahora un Rafael, un Miguel Angel, un Rembrandt como quien mirara hacia el vacío. Y la naturaleza viva que en el curso de sus viajes le saludaba era un cadáver inexpresivo. El magnánimo artista de la miseria de ayer figuraba una sombra absurda en su riqueza de hoy. Postergó su vocación nobilísima y con ello, no hizo sino asesinarla. No supo **vivir a tiempo.**

Amparado en este ejemplo, yo contemplo a la muchedumbre de jóvenes hermanos de América, que también sienten en su entraña una vocación que definir, un mundo propio a crear; y sin saber por qué, me siento tentado a decir a cada uno con unción fraterna: "Vive a tiempo: piensa hoy, goza hoy, construye hoy, sufre hoy, impreca hoy, exige hoy!... No seas mañana como el frustrado artista de mi ejemplo, ni vuelvas como Peer Gynt camino de la montaña, añorando las palabras que no pronunciaste, la canción que no entonaste, o las lágrimas que con avaricia de dolor fueras postergando. ¡Vive a tiempo!..."

OSCAR FALCHETTI

UN LIBRO DE JORGE BLANCO VILLALTA

"CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA"

Este libro está sentido en verso y escrito en prosa por Blanco Villalta. "Historia novelada" la llama el autor y lo es y es para pintar los episodios de la conquista del Río de la Plata. Los personajes de esta escena magnífica están llevados de la mano por el autor, y uno por uno desfilan para mostrar cada uno su estirpe, su linaje y su ambición.

En Blanco Villalta el novelista se ha opuesto al historiador, por lo que éste tenga de calculista, metódico y razonador, mientras el otro juega con la fantasía y pone en la boca de los muñecos el lenguaje de la época y el acento aturdido por el deslumbrante y cambiante escenario que se les iba presentando a la vista, nunca igualado ni en las tiradas absurdas del sueño y en los panoramas de las leyendas.

Rellena esta aventura la pluma audaz del ilustrador Raúl Soldi, quien con dibujos concebidos para dar caracteres y no estampas, analiza también esa etapa que le tocó vivir al caudaloso río frente a los terribles aventureros.

Este trabajo de Blanco Villalta nos muestra la enfermedad endémica de la aventura y en los índices cronológicos y biográficos nos deja una preciosa fuente para beber la frescura de la historia. Blanco Villalta ha ido a lo que es médula o raíz y así nos da evocaciones magníficas, como bruñidas, para destacar los episodios en las páginas semovientes de la novela. Por eso he dicho que está sentido en verso y escrito en prosa, pero en una prosa aventada también por los aires romancescos de los relatos que por momentos parece que vivimos. Todo lo que aconteció en España, antes de la conquista y lo que sucedió después de la aventura grandiosa, encuentra en la pluma de Villalta el fervoroso cronista, lleno de colorido, gozoso de expurgar las fuentes del idioma para darnos las escenas más emocionantes que vivieron los argonautas, con sus pasiones, con sus ambiciones, sus lujurias, sus sueños de grandeza y sus miserias propias del género humano...

Un libro así nos devuelve un pasado que la historia había sometido a muy duras exégesis. Le faltaba la gracia, la donosura, la fuerza de la emoción, que en este libro del escritor argentino encontramos a cada paso. Los Reyes Católicos, Alonso de Ojeda, Colón, Pedro de Mendoza, Vasco Núñez de Balboa —cien más— desfilan sedientos de gloria por las páginas del libro. El historiador ha tirado por la borda la lupa molesta y ha preferido seguir el curso de las aguas, los atardeceres sobre el río, los amores y las proezas menores de los animosos aventureros.

La muerte de la reina Isabel, dama y señora de su mundo en declive, asoma en la vida del libro con la grandeza espiritual que el autor le otorga. Y todo lo que ha sucedido, sin perder detalles, ha sido condensado en las densas páginas del libro "Conquista del Río de la Plata".

Ha puesto el más grande de sus cariños este fervoroso escritor, exaltando bellezas y relatando proezas con un tono alto y macizo, sin caer en las letanías frecuentes cuando lo que se canta es la gloria de una nación y la grandeza de los hombres.

Su lenguaje es muy elevado para darlo a la historia. Es romance para dar el justo relieve de lo que vivieron en el mundo nuevo de América los más adustos aventureros y los más sagaces traficantes. Ha taraceado de imágenes su estilo y ya lo podemos apreciar en esta página que entresaco porque se refiere a su ascendiente Pedro de Villalta, ejecutado en Santiago del Estero por orden del gobernador Hernando de Lerma: "El corcel alazán de Antonio de Miraval piafa con desazón, se encabrita y revuelve. Gentes principales que lo rodean se abren en medio de remolinos de polvo arrancados por los cascos. Autóctonos juríes, con plumas de avestruz sujetas a la talla como toda vestimenta, se entrechocan temerosos, retrocediendo ante la grupa engualdrapada. Un soldado sirve de palafrenero. Antonio de Miraval, hermano y maestre de campo del nuevo gobernador Hernando de Lerma, el protervo, mientras sacude afectadamente con la punta de los dedos su jubón briscado, su golilla, ordena con un cabeceo llevar adelante las ejecuciones.

"Villalta percibe como a través de formas de pesadilla el cuerpo pendiente de Mosquera. Febles los miembros violentados en los trabajos de cuerda, al ponerse otra vez en marcha siente lancinantes olas de dolor que le hacen crujir los dientes. Forzudos victimarios echan por tierra la capa azul del mar, presente de Abreu. El valedor de la fallada asonada, ceñido de prisiones soporta el residenciamiento incoado por Lerma, en cuya siniestra férula torcióse el camino de la exilación hacia el Arauco, que seguían los mancebos. Ahora, las columnas del cadalso son puertas.

"A empellones, trastabillante, lívida, la víctima alcanza el quicio. Alza la vista. Un aletazo de claridad le llega a través del compañero muerto. Temblor febricitante castañetea los maxilares. Desfallece su frente. En las lejanías del alma, mucho más allá de la razón, donde la sangre tiene bocas, intuye las notas de una antigua canción. Patético, embargador ese cantar de cuna bajo la sombra de la madre. El corazón golpea la caja del pecho; brota fatídico ritmo ya escuchado, antes, mucho antes. El eco del curugú, batido por el mazo del destino, estruja obsesionante el plazo de aquello que no puede evitarse. El son luctuoso de las veladas lustrales percute en los huesos del mestizo".

Así dice el autor en esta página, y en otros párrafos. Su estilo está cortado y sembrado de imágenes que nos pintan los cuadros y las escenas de esas noches amargas de la colonia.

Los retratos están trazados con seguridad. Se dijera que el autor ha sentido un gozo igual al que después del asedio de la sed encuentra un manantial y se apresura hacer una taza con el cuenco de la mano. Blanco Villalta ha extraído del acervo de la conquista del río de la Plata la substancia que le da la riqueza espiritual. Este libro, más que historia de un momento trágico y heroico, es la red del coleccionista de mariposas raras. Sus presas están clasificadas, disecadas, pero con un barniz que nos las presenta con el brillo de la realidad y los destellos de la vida.

La figura interesante de Juan de Garay queda bosquejada en el libro, como otras muchas. El fundador de la ciudad de la Trinidad en el puerto de Santa María de Buenos Aires, Juan de Garay, pagó con su vida por haber perseguido a las tribus sublevadas. Esto era en marzo de 1853. El fuerte de Sancti Spiritus lo evoca.

Este libro es evocador y justo. Blanco Villalta encierra en este cofre augusto el sándalo de ese pasado, que la historia o la leyenda nos acerca a nuestros días con perfume de muerte o alientos de inmortalidad...

MANUEL GARCIA HERNANDEZ



HOMBRE DE AMÉRICA

FUERTE Y LIBRE

AÑO IV — OCTUBRE DE 1943 — N° 22

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 071781

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar — Miguel Angel Angueira — Germán Arciniegas (Colombia).

Montiel Ballesteros (Uruguay) — Tito L. Bancescu — Julio R. Barcos — Leónidas Barletta — José Basiglio Agosti — Prof. Francisco C. Bendicente — Ing. Carlos Bianchi — Aurora Bogú — Herminia Brumana — Marta Brunet — Antonio J. Bucich.

Dr. Edgardo Casella — Ernesto L. Castro — Ernesto Castany — Oscar Cerruto — Dr. Florencio Charola — Justino Cornejo (Ecuador) — Dr. Enrique Corona Martínez — Olga Cossettini — Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibar — A. Díaz Urrieta — Serafín Delmar.

Luce Fabbri (Uruguay) — Oscar Falchetti — Luis Fernández Zárate — Waldo Frank (E. Unidos) — Dr. Emilio Frugoni (Uruguay).

Gerardo Gallegos (Cuba) — Dr. Rafael Grinfeld — Gilberto González y Contreras (Cuba).

Víctor Raúl Haya de la Torre (Perú) — Jorge Hess — Josua Hochstein. (Estados Unidos).

Dr. Juan Lazarte — Layle Lane (Estados Unidos) — Dr. Enrique Loedel Palumbo — Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández — Mauricio Magdaleno (México) — Ing. Jacobo Maguid — Alberto Maritano — Aurelio Martínez (Perú) — Félix Molina Téllez.

Dr. Jorge F. Nicolai (Chile).

Dr. Isidro J. Odena — Juan G. Olmedilla — Luis Orsetti — Angel Ossorio.

Lucila Palacios (Venezuela) — Armando Panizza — María Luisa Petettin — Magda Portal — Enrique Portugal — Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) — José Riera (Bolivia) — Octavio Rivas Rooney — Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack — Dr. Alberto Sagastume Berra — Diego Abad de Santillán — Dr. Jaime Scolnik — S. Fanny Simon (Estados Unidos) — Dr. Joao da Souza Ferraz (Brasil) — Juan Antonio Solari — Agustín Souchy (México).

Dr. Saúl Taborda — Andrés Townsend Escurra — Jacinto Toryho — Prof. Víctor Troncoso (Chile) — Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) — Rafael Heliodoro Valle (México) — Antonio Vázquez Escalante — Arturo Vilches — Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Rodrigo Bonome — Camblor — Carybe — Gustavo Cochet — Manuel Eichelbaum — Enrique Fernández Chelo — José Antonio Ginzo — Emma Jauch — Kras — Aniano Lisa — Maruja Mallo — Pedro Olmos — José Planas — Francisco A. de Santo — Demetrio Urruchúa.

Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración
ALSINA 736
BUENOS AIRES
U. T. 34 - Defensa 0297

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expuestos en los trabajos firmados que se publican incumbe exclusivamente a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio enunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, declara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.

CORREO ARGENTINO
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 4989

Impreso en Argentina
Printed in Argentina